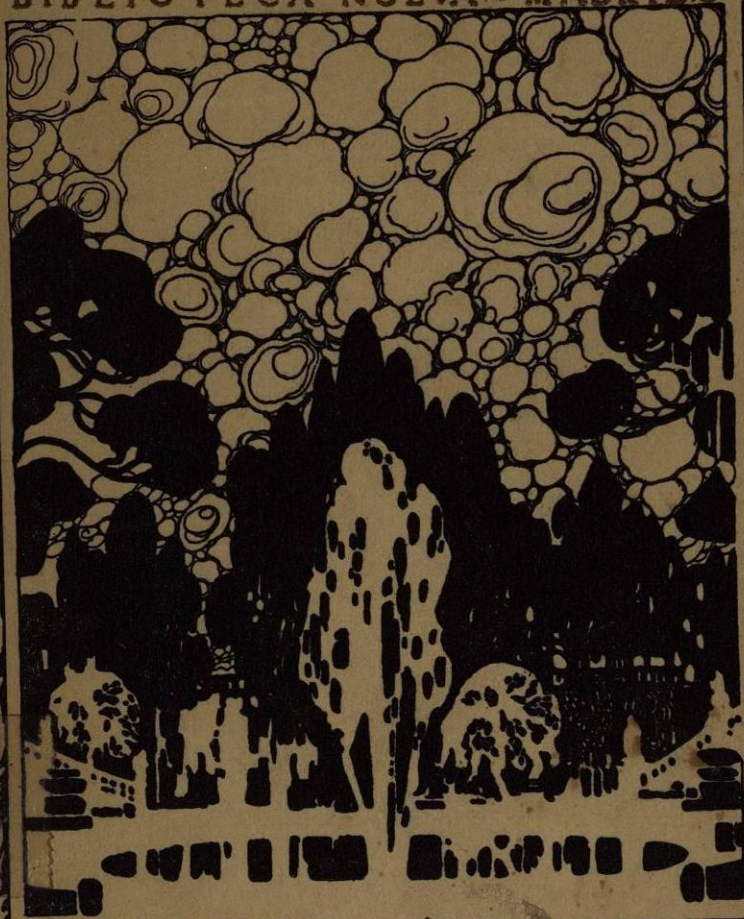


OBRAS COMPLETAS DE
AMADO NERVO *Volumen VII*
LOS JARDINES
INTERIORES
EN VOZ BAJA
BIBLIOTECA NUEVA MADRID



A M A D O
N E R V O

O B R A S
C O M P L E T A S

VII

*Los jardines interiores
en voz
baja*

PQ7297.N5
027
V.7




1020100024

2297

N

94 E4

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

A decorative border of grapevines and leaves surrounds the central text.

OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

BIBLIOTECA CENTRAL



TOMOS PUBLICADOS

I

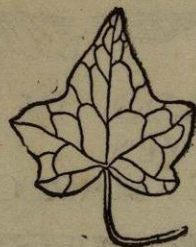
PERLAS NEGRAS

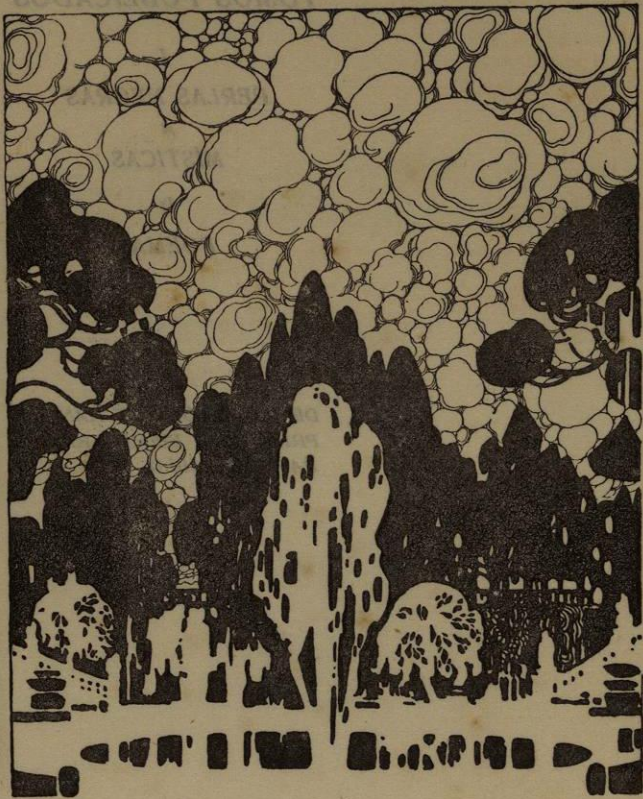
MÍSTICAS

II

POEMAS

*DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIENT EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO * * * **





TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO

OBRAS COMPLETAS DE
AMADO NERVO *Volumen VII*

LOS JARDINES
INTERIORES
EN VOZ BAJA



94
BIBLIOTECA NUEVA MADRID

16437

IV-4-289a

V-7

ES PROPIEDAD
DE LOS HEREDEROS
DEL AUTOR

TODA EDICIÓN
FRAUDULENTE
SERÁ PERSEGUIDA
POR LA LEY

PQ7297.N5

B27

V. 7



«LA VOZ BAJA», DE AMADO NERVO

I

En voz baja, al oído y en recato. En voz baja, de uno en otro, dejándolo caer del oído al corazón; en voz baja. La voz alta, la voz pública, es para hablar a las muchedumbres, en el mercado o en la asamblea, pregonando géneros de comercio o pregonando ideas, ideas de comercio también. Pero lo lírico, lo verdaderamente lírico, lo íntimo, lo personal, lo que es de cada uno y no de todos, esto, en voz baja. En voz baja, como nos da Amado Nervo el alma de su alma.

Este volumen de versos de Amado Nervo, *En voz baja*, es, en efecto, para decirselo uno a sí mismo en voz baja y a solas, en horas de cansancio de la lucha terrena, que son las horas de anhelo de la lucha celestial.

He aquí un poeta que no puede llegar a hacerse popular. El otro día nos contaba Ramiro de Maeztu (en *La Correspondencia de España* del 1 de Mayo) de la desaparición del poeta inglés Juan Davidson, un poeta sombrío «que no veía en la vida más que una procesión de fantasmas que surgen de la nada para volverse a la nada de la muerte», un poeta al modo y temple de aquel Thomson—el del siglo pasado, no el otro, no el del XVIII, no el de las Estaciones—, de quien

9

1775

William James dijo que hay miedo de citar sus versos. Davidson parece se ha suicidado porque no podía ganarse la vida; su desesperación poética ahuyentaba de él a los lectores, y la pensión que cobraba no le era suficiente. Y como Davidson no era capaz de ser sino poeta y la poesía no le daba de comer, se volvió a la muerte. Y Maeztu recorre la historia de las tragedias del hambre en la historia literaria de Inglaterra, donde, junto a Shakespeare, Pope, Tennyson, Rudyard Kipling, que se enriquecieron, hay Spenser—el poeta, el antiguo, no el otro, no Spencer el no poeta, el filsofante del cientificismo—, Chatterton y otros que murieron en la pobreza. Y hoy mismo, Hudson, «el mejor prosista viviente de Inglaterra—añade Maeztu—no consigue comer todos los días».

Pasa luego Maeztu a disertar brevemente sobre ello, y vuelve a lo que tantas veces se ha dicho, que, en general, el público no paga sino el trabajo de calidad inferior, y este trabajo, en definitiva, no conviene a un país. Lo cual merece una cierta rectificación. El público no busca, es cierto, el trabajo de calidad superior, pero tampoco el inferior, sino el medio. Los autores que en una época y en un país dados son más leídos no son los mejores, ciertamente, pero tampoco los peores: son los de término medio. Y acaba diciendo Maeztu: «Este es el problema que pesa sobre cada uno de los artistas e intelectuales. La existencia no nos es posible sino consagrándonos a un trabajo inferior al que podemos hacer. Lo que a nuestro pueblo le conviene en definitiva es nuestro trabajo superior; lo que el pueblo nos paga es nuestro trabajo inferior. Nuestras potencialidades se estrellan en la roca de las posibilidades. Ello es muy triste...; pero acaso sea necesario que nos resignemos a hacer lo posible, y así elevemos lo suficiente el nivel del público, para que nuestros sucesores puedan realizar lo potencial.»

De estos conceptos de Maeztu me acordaba ahora que me disponía a hablaros en voz baja de las poesías en

voz baja dichas de Amado Nervo. Si éste hubiera de tener que vivir de la pluma se moriría de hambre o de desesperación; pero su noble patria, Méjico, le pone a cubierto de tal desdicha. Su poesía no puede ser popular, no puede obtener en un momento dado el sufragio de la mayoría. Pero tendrá siempre lo máspreciado, y es la sucesión de fieles minorías, según aquella preñadísima palabra de Gounod: «La posteridad es una superposición de minorías.»

Nervo no habla a la masa, sino que habla a cada uno de sus lectores y le habla en voz baja. Algunas de sus poesías las ha leído en público, en voz alta, en el Ateneo de Madrid. Afortunadamente, no se las oí allí; pero más afortunadamente aún, se las he oído leer en voz baja, a mí, a mí solo, en su cuarto de trabajo de Madrid, frente a la Casa de Campo, contemplando los dos el fondo austero de los encinares, como fondo de un cuadro de Velázquez bajo el arrebol muriente del ocaso.

Y ahora abro el libro, y silenciosamente, en la voz baja, en voz del corazón, que no llega a la boca, empiezo a recitarlo:

«Madre, los muertos oyen mejor: ¡Sonoridad celeste hay en su caja! A tí, pues, este libro de intimidad, de amor, de angustia y de misterio, murmurando en voz baja...»

Y empiezo a oír el libro dedicado a una muerta, a una muerta eterna, a la madre, a la madre del poeta. Y ¿no es la madre acaso la inspiradora de la inmortalidad? ¿No cree el hombre acaso en otra vida por haber nacido de madre? Y yo, que no hace un año que perdí a la mía, entro en la obra de intimidad, de amor, de angustia y de misterio de Nervo.

No le habléis de amor.—Leo esta poesía y me digo: No, no le habléis de amor, sino dejad que el amor venga a ella sin palabras, en voz baja, más aún, silenciosamente. No le habléis de amor. Los que más hablan de amor son los que menos aman.

Vieja llave.—«Esta llave cincelada—que en un tiempo fué colgada—(del estrado a la cancela—de la despensa al granero)—del llavero—de la abuela,—y en continuo repicar,—inundaba de rumores,—los vetustos corredores;—esta llave cincelada—si no cierra ni abre nada—¡para qué la he de guardar!» ¡Hay tantas llaves de éstas! ¡Son tantas las llaves que ni abren ni cierran nada y las guardamos con piadosa devoción! Llaves de la ilusión que ni nos la abren ni nos la cierran ya.

Hojeando estampas viejas.—En efecto: ¿no existimos acaso antes en otra encarnación, en otra vida? ¿No se explican tal vez muchas de nuestras cosas por nuestra misteriosa preexistencia? Esta enigmática creencia, aun no participando yo de ella—digo me parece que no la admito en mí, pero ¿quién sabe?—, me ha obsesionado muchas veces. Más de una vez, al leer cosas de hombres que murieron antes de que yo naciera, me he dicho: «Pero si esto lo escribí yo.» O al leer la vida de algunos de ellos, me he dicho: «Pero si éste fui yo.» ¡Quién sabe...!

Tal vez.—También muchas veces me ha obsesionado el estribillo de esta tan íntima poesía de Nervo: «¡Alma, tal vez estoy muerto y no lo sé...; como don Juan!» Y allí, en aquel cuarto de meditación del poeta, a la vista de aquel campo que a horas parece de otro mundo, hablábamos de estas cosas, de estas ultratumberías, que a Nervo, como a mí, le preocupan.

La bella del bosque durmiente.—A todos nos espera nuestra bella del bosque durmiente, la que con nosotros envejece y se remozca para los mozos, la que es niña para el niño, y para el viejo, vieja.

En la roca más hostil.—En esta poesía me detengo en aquello de este nuestro siglo, «¡que pudiéndolo todo, no ha podido ser feliz!» ¿Y en qué consiste la felicidad? Consiste en desposarse con la ilusión o en renunciar a ella?

«Pero no mente influida—por los abuelos, no así—razones;

ten fe en tu siglo,—que de uno en otro desliza, que de uno en otro tanteo,—que de uno en otro sufrir,—que de uno en otro problema,—lleva en pos de excelso fin—su santo botín de enigma—que en flor de luz se ha de abrir.» Si, tengamos fe en nuestro propio siglo; ¿en cuál otro, si no, la hemos de tener?

Interrogación.—«Si tus pálidas manos me bendicen,—iré tras de la Esfinge, a los desiertos,—a preguntarle aquello que no dicen,—inexorables en callar, los muertos.»

Y yo iré tras de la Esfinge, aunque tus manos pálidas no me bendigan; iré en busca de la bendición de la Esfinge. Porque también ésta, también la Esfinge, bendice con sus garras leoninas, levantándolas solemnemente a la altura de sus alas de águila.

Deprecación a la nube.—«Lleva en su cuello el cisne la inicial del sueño.» Esto me parece una caída, una sutileza muy poco poética. Porque la S que forma el cuello del cisne es inicial de muchas otras palabras, y porque eso sólo resulta en castellano, o en lengua en que empiece con S el nombre de sueño, y con nuestra escritura. Y es lástima, porque el resto de la poesía es hermosísimo.

Novísima verba.—¡Qué íntimo, qué profundo es todo esto! «Mi buen hermano, oye con atención esto que digo, y que no te conturbe: ¡Dios sí existe!... ¡Nosotros somos los que no existimos!» ¡Paradojal, exclamará alguien; ¡Extravagancial otros, y los más dirán: «En verso puede pasar...» y sin embargo, no otra cosa dijo en prosa y en prosa didáctica, y en latín escolástico, y *more geometrico*, aquel trágico judío de Amsterdam que se llamó Baruc Spinoza.

¡Nosotros somos los que no existimos! Sólo existe lo que permanece y queda: Dios, no lo que pasa, no el hombre; no este sueño de una sombra.

La sombra del ala.—¿Qué os he de decir de esto yo, yo, que vivo agujoneado por la sed y el hambre de Dios, «invocando al infinito», «empeñado en producir ideal», como aquí canta

el poeta? Y como al poeta, me asedia el torturador «quién sabe». Muchas veces he dicho, y ahora repito con él: «De todas suertes, me escuda—mi sed de investigación, — mi ansia de Dios, honda y muda—y hay más amor en mi duda—que en tu tibia afirmación.» Dudar es acaso la manera más humana y más íntima de creer (os remito a mi «Vida de Don Quijote y Sancho»).

¡Muerta!—En voz baja, temblando de emoción y de recuerdo, me leyó Amado Nervo, allí, en su recogida celda, esta hermosísima elegía a su madre, y en voz baja; temblando de emoción y de recuerdo, volví yo, inmediatamente, a leérsela a él. Esto fué allá en Noviembre pasado, a los tres meses de haber perdido yo a mi madre. Y luego he leído otras tres o cuatro veces más esta flor de ternura: «¡Oh, padre de los vivos! ¿adónde van los muertos, Señor, adónde van?» La muerte es la suprema revelación de la vida. El hombre entra en la pubertad espiritual el día en que se le revela el misterio de la muerte, el día en que comprende que morimos. «Acaso está muy sola. Tal vez, mientras yo pienso en ella, está muy triste; quizás con el miedo esté. Tal vez se abre a sus ojos algún arcano inmenso. ¡Quién sabe lo que siente, quién sabe lo que ve! Quizá me grita: ¡Hijo!, buscando en mí un escudo. ¡Mi celo tantas veces en vida la amparó! Y advierte con espanto que todo se halla mudo, que hay algo en las tinieblas, fatídico y sañudo, que nadie la protege ni la respondo yo.

»¡Oh Dios, me quiso mucho; sus brazos, siempre abiertos, como un gran nido, tuvo para mi loco afán!

»¡Guiad hacia la vida sus pobres pies inciertos...! ¡Piedad para mi muerta! ¡Piedad para los muertos! ¿Adónde van los muertos, Señor, adónde van?»

¡Basta! Leedlo vosotros, pero en voz baja y a solas.

Al viento y al mar.—«Poco sé decir, poco sé pensar. Al viento y al mar les voy a pedir mi nuevo cantar.»

¡Al viento y al mar! El viento y el mar son los más cons-

tantes. Nuestras vidas, ¿son acaso más que ráfagas de viento, olas de mar? Y lo último que quede, lo que flote sobre las ruinas de los mundos todos materiales, ¿no será tal vez la palabra, ráfaga de viento, la palabra por la que toda cosa ha sido hecha?

Pourquoi faire?»—¿Por qué ir a otra estrella? ¿qué veremos en ella? Lucha, injusticia y llanto (si hay una humanidad); paisajes semejantes a los deste planeta: bellos cuando fingidos por mente de poeta, pero tal vez monótonos, tristes en realidad.»

Si: adondequiera que vayamos después de la muerte, hay muchas probabilidades de que no saldremos ganando, por malo que se suponga a este mundo.

Mis muertos.—Esta poesía me recuerda la de la vieja aquella de que nos habla Guerra Junqueiro, y lo de Gabriel y Galán en la elegía a la muerte de su padre, cuando pedía a Dios vivir «porque mis muertos no mueran». Pero al cabo los muertos vivos, los muertos que viven en el recuerdo, mueren también! *Etiam ruinae perire*, hasta las ruinas perecieron—suspiró el melancólico dulce Virgilio.

Al viejo solar.—Este viejo solar es la tierra de Castilla. Todo está muy bien, menos acaso lo de «Ambiente vasto de Puvis de Chavannes en tierras de Castilla» Si fuera Velázquez... ¡Y lo de Burgos «huraña»! ¿Huraña Burgos? Todo es según el color del cristal con que se mira. Y aquí acaso falta Salamanca, que Nervo no conoce; falta Zamora. Pero Zamora y Salamanca no son tal vez Castilla: son tierra de León.

Y luego vienen impresiones de viaje de Irlanda, de Flandes, y flores del camino, como el poeta las llama. De ellas, de estas flores del camino, recojo la visión de aquella abuela de cabello cano que templaba la risa insana de su nieta «con el fulgor de luna de su melancolía». Y me acuerdo de la mía, de mi abuela, de la madre de mi madre, mujer trabajadora y fuerte, de quien fui yo el nieto favorito.

Cuando en casa hacíamos resonar el piso con el alboroto de nuestros juegos, mi abuela nos repetía sentenciosamente aquellas salomónicas palabras: «Vamos, vamos, niños; que quien siembra risas, recoge lloros.» No era, sin embargo, melancolía; era austeridad la suya.

Al despedirse de la Exposición de París, exclama Nervo: «¡Partid, aviones locos! ¡También yo torno a casa; mi dama, la quimera, me aguarda y está solal!» Esto no me pasa en todos mis viajes; siempre vuelvo anhelante, como el avión, al recojimiento de mi casa, donde me aguarda la quimera. Sólo en mi casa, sólo en mi nido, puedo soñar. No ha llegado hasta mí la poesía de Childe Harold. Los viajes me son muy gratos; sí, muy gratos, muy fecundos; sí, muy fecundos; pero es para hacerme amar aún más mi hogar, mi hogar donde está sentada y aguardándome siempre la quimera.

A otro artista.—«Ten el santo valor de tu tristeza», le dice el poeta, y le dice muy bien; pero ¿no le parece a Nervo, como me parece a mí, que a muchos artistas hay que decirles: «Ten el santo valor de tu alegría»?

Porque esto de la tristeza y la alegría poéticas parece se convierten en cosa de moda, y en unas temporadas se lleva la una, y en otras la otra.

A Lucerna.—¡A Lucerna!

Esto es una evocación para mí. Esto me quita veinte años de encima y me vuelve a la primavera de mis veinticinco años, cuando pasé mis melancolías por el lago de Lucerna.

El poeta no sabe, Lucerna, «si tus lagos son azules de mirar tanto tus cielos, o tus cielos son azules de mirar tanto tus lagos».

¡Oh, aquellos mis ensueños azules que pasé entre el azul de las aguas y el azul de los cielos de Lucerna! Suiza me recordaba a la Vizcaya de mis ensueños de los veinticinco años. La criada del Hotel Engel—o de l'Ange—, al decirle

que era español, se echó a reír. Y luego me encontré, al llegar, con un cielo bilbaíno, gris, humano, y eso que era en Julio. De noche, reflejadas las luces de Lucerna en el lago, con sus puentes, me pareció vista de estereoscopio, de esas en cartón, al que se pica y se ve la luz a través de papelititos de colores. Y las comidas de aquel Hotel y el vinillo Markgräefler—entonces yo todavía bebía algo de vino—, y aire fresco y ambiente campesino. Y la subida al Pilatus. Aún no había leído el Obermann. Y allí, en el Pilatus, eché de menos el Pagazarri de mi Bilbao. Y a la noche, vuelto a Lucerna, escribí con mi mano juvenil estas palabras, que saco de mi diario de viaje: «¡Qué ganas tengo de volver a él (a Bilbao), a recojerme en mi cuarto donde están mis libros, a recojer mi cabeza en la almohada en que he soñado mis mejores sueños!

»¡Pobres Alpes! ¡Guernical! ¡Mi Guernical! ¡El Oiz extenso, grande, sereno; el Oiz que ha contemplado mis goces!... ¡Qué ganas tengo de volver a mi país!»

Esta es la ingenuidad de mis veinticinco años, cuando tenía en Guernica mi novia. Ya entonces no tenía vocación de viajero. Lucerna me hastió pronto. Y, sin embargo, Lucerna lloró mi partida: cuando salí de ella, estaba lloviendo.

Después de este recuerdo de la primavera de mi vida, que el poeta ha evocado en mi pecho, voy a dejarle. Voy a dejarle por ahora; pero para volver a él fielmente, de tiempo en tiempo, cuando me lo pida el alma; para leerle a solas y en voz baja, en voz muy baja, a mi oído.

He aquí uno de mis fieles amigos, un amigo que no me molestará con impertinencias ni romperá el ritmo de mi vida interior. Siento una profunda hermandad entre su espíritu y mi espíritu; siento que es una misma la esfinge que nos reúne y ampara bajo sus alas aguileñas; siento que hemos bebido agua de la misma fuente, del mismo lago negro, negro, por estar sombreado por la sombra de los mis-

mos cipreses. ¡Cuánto me queda aún por decir, cuánto le queda aún por decir a Nervo de ese lago! Tengamos, amigo Nervo, el valor de nuestras inquietudes y nuestras quimeras, y tengan otros el valor de las tuyas o el valor de su falta de inquietud, de su odio a la quimera. Así es como se vive. Así es también como se muere. ¿Y después?

II

Las precedentes líneas las escribí en 1909 y diez años después, hace uno, en 1919, al saber la muerte de Amado, escribí conmovido las que van a seguir. Acaso demasiado conmovido. Y el *vis me flere* añade *dolendum est primum tibi*, añade *primum*, esto es: antes, no en el momento mismo de querer hacerme llorar. Pero quise aquí hacer que el lector no llorase, sino se tragara sus lágrimas, si la muerte de Nervo se las provocara.

Hacia tiempo—años ya—que no veía a Amado Nervo con todo y vivir él en Madrid, adonde he tenido que ir entretanto tantas veces. Pero es que yo iba, siempre de prisa, y de paso, a meter ruido—¡es el sino!—y él vivía metiendo silencio—¡su sino también!—Habíame prometido venir a visitar esta vieja ciudad de Salamanca, donde su espíritu se hubiese encontrado como en viejo hogar, pero sus achaques... También Rubén Darío, entre otros, se murió sin cumplirme esta promesa, la de su romería a este relicario de la España del Renacimiento. Del Renacimiento pasado, por supuesto.

La última vez que me comuniqué—y fué verdadera comunicación, casi comunión—y la última y casi la única vez—el resto de nuestras relaciones fué casi todo él por

correspondencia escrita—que se comunicaron nuestros espíritus, fué en su morada madrileña, allí junto al palacio real de Oriente, en una habitación que daba a la espléndida vista de la Casa de Campo, que es todo un fondo de un cuadro de Velázquez. La austera solemnidad del paisaje castellano, hecho más de cielo que de tierra, el fuerte reposo de las encinas que se pierden en la raya de la última lontananza, daban sentido a nuestra entrevista. En las paredes de la habitación donde me recibió Amado Nervo había unos grabados que hablaban en su lenguaje de la honda, de la dominante, de la casi única preocupación del poeta: de la Muerte. Uno representaba la Isla de los Muertos; otro era una fotografía de un estupendo monumento funerario; otros, por el estilo. Y apenas si hablamos de otra cosa que de la muerte.

Primero de Méjico, de su patria lejana, y entonces ya torturada y desgarrada por contiendas intestinas, por odios entrañables, y dentro de Méjico, de su ciudad natal, de Tepic, en las costas del océano llamado—¡hay cada nombre!—Pacífico. Porque en Tepic, en la ciudad natal de Amado Nervo, había pasado sus años de trabajo y de juventud mi padre, que, como tantos otros vascos, había salido, siendo un mozo, de Vergara, su pueblo nativo, para hacer su América y tornar luego a crear familia en su tierra natal. Hablamos de Méjico y, naturalmente, de aquella vieja y terrible religión de los aztecas que yo conocí a través de aquella «Historia antigua de Méjico», del abate italiano don Francisco Javier Clavijero, que en una traducción de un mejicano leí, siendo casi un niño, en uno de los libros que mi padre había traído—y poco más trajo—de su América.

Pero hablamos, sobre todo, de la muerte. Era la meditación, o mejor, era la «ensoñación» casi continua de Amado. Porque Nervo soñaba en la muerte. Pasó la vida soñando en la muerte, no en la vida misma. Si el hombre libre,

según nos dejó dicho Spinoza—uno de los profetas de Israel—en nada piensa menos que en la muerte, Amado Nervo no era un hombre libre. Y no, no lo era. Nervo sentíase prisionero; el mundo era una cárcel para él.

Aún recuerdo cómo me hablaba de cierta escritora inglesa que había contado la experiencia de la muerte; cómo un día, al salir a la calle, notó algo extraño, que las gentes no se percataban de su presencia, y acabó dándose cuenta de que se había muerto y continuaba su vida entre los demás mortales, pero la continuaba como sombra invisible para ellos. ¡Y qué recogimiento ponía el poeta al ir contando, en voz baja, lentamente, tristemente, estas consolaciones!

¡En voz baja! Así tituló Nervo a uno de sus libros. Y así, en voz baja, se le reveló su Dios, el Dios de la Muerte. Ocurrióle algo de lo que en el Libro primero (según el cómputo católico, el tercero) de los Reyes y en su capítulo XIX se nos cuenta que le ocurrió al profeta Elías. Y fué que, llegado al monte Horeb, se metió en una cueva a pasar la noche, hasta que Yahvé, el Señor, le hizo salir de ella. Pasaba el Señor, y un huracán que rompía los montes y quebraba las peñas; pero el Dios no estaba en el huracán; y tras éste un temblor de tierra; pero el Dios no estaba en el temblor de tierra; y tras éste un fuego, y tampoco estaba en el fuego; y tras el fuego un susurro apacible y delicado—«sibilus aurae tenuis», dice la Vulgata romana—y al oírlo Elías, se cubrió el rostro con el manto—pues el que ve a Dios la cara se muere, según la Escritura—y era Dios que pasaba. Y así pasó Dios junto a Amado Nervo, con un susurro blando y apacible, con un tenue silbido de la brisa. Y así le dió su poesía. Porque Dios, su Dios, el Dios de la Muerte, del silencio y del misterio, le habló a Nervo al oído, en voz baja, muy baja, pero más terrible que la del huracán, el temblor de tierra y el fuego. Y así, en voz baja, muy baja, en tembloroso susurro, del cogollo del alma, en algo que era como el ruido del corazón, que sólo en el si-

lencio y el que sabe escuchar oye, habló Nervo a su Dios y nos habló de su Dios a los demás. Y Dios, para oírle mejor, le ha llevado a su seno, al seno de la muerte, y se ha puesto la boca del poeta junto al oído de su corazón divino.

En estos años de estruendo que han sido los de la guerra, en estos años de voces de huracán, de terremotos y de incendios, en que apenas se ha oído a Dios—¡tanto han chillado los hombres!—, vosotros, los que hayáis seguido las palabras de Nervo, recordaréis que él continuaba susurrando sus misterios. Para él, como para tantos otros puros poetas, apenas si existía la historia. Vivía fuera de la historia, en su idea fija.

En una poesía del poeta argentino Ricardo Gutiérrez, tan simpático, pero tan diluido y tan superficial de ordinario, en la poesía «Lázaro el Payador», hay cuatro versos que desde que los leí se me quedaron grabados en la memoria. Son aquellos que dicen que:

De su mirada en el fulgor sombrío
hay la intensa quietud de un pensamiento,
hondo como el desmayo del hasío,
fijo como fatal remordimiento.

Así, nada fulgura más ni más sombríamente que un pensamiento quieto y con quietud intensa; los pensamientos inquietos son poco intensos y no fulgulan. Ni hay hondura mayor que la del desmayo del hasío. El pensamiento de Nervo, o mejor su sentimiento, y acaso mejor aún su ensueño, era un ensueño quieto e intenso, siempre el mismo, y fulguraba—o susurraba si lo preferís—en sus versos, con la hondura como del desmayo del hasío.

¡El hasío! ¡El tedio! Nervo no habló de ellos como habló su hermano Leopardi—«il tedio che n'affoga... a noi le fasce cinse il fastidio»;—pero es porque el italiano fué un

desesperado y el mejicano un resignado. Aunque... ¿fué realmente un resignado? ¿se resignó a la vida, se resignó a la muerte Nervo? ¡Quién lo sabe...! El misterio ciñó su vida íntima; un misterio que se encuentra no pocas veces en los salmos de Rubén Darío, un misterio de antiguas Indias occidentales.

¿Por qué hay algunos americanos que se encabritan y revuelven contra esa castiza y hermosa denominación de Indias occidentales? ¿Por qué contra eso de que se llamara indianos a los americanos? «Es que si Colón creyó llegar a las Indias...» ¡Bien, si; sabida es la historia! Pero ¿no es América, y sobre todo su litoral del Pacífico, cuyo susurro oyeron en su niñez, desde León el uno, desde Tepic el otro, Darío y Nervo, un Oriente del Extremo Oriente asiático? ¿Y es que las almas de los primitivos de Méjico y de Nicaragua no tenían alguna hermandad con las de los asiáticos del Extremo Oriente? ¿No hay sabiduría indiana en aquéllos?

Por mucho que nos esforcemos, no acertamos a ver lo específicamente americano en tantos y tantos escritores, sobre todo poetas, que de americanismo presumen. Resultannos de ordinario, unos, europeos aún más europeos que los de esta banda del Atlántico, europeos más occidentales, menos asiáticos que los más de los de aquí; y cuando nos encontramos con algo que nos sabe a las entrañas precolombinas de ese Nuevo Mundo, es en voz que nos viene de sus costas más occidentales: las que miran al Extremo Oriente. Algo de esto dijo ya Rodó en su magistral ensayo sobre Rubén Darío.

Lo que los españoles de Cortés y de Pizarro encontraron en Méjico y en el Perú no fué propiamente civilizaciones. Ni la teocracia azteca, ni la incaica eran, en rigor, civiles. Y aquéllos se parecían mucho a los Imperios asiáticos, indianos, tampoco civiles. Y en los versos de Darío, en los versos de Nervo, nos llegan, claro está que tra-

ducidos a lengua europea, a español—y a español muy español, por cierto!—, susurros apacibles del Pacífico, y en ellos, la voz del Señor, que no habla en el huracán, ni en el terremoto, ni en el fuego. Darío y Nervo pasaron la vida cubriéndose la cara con el manto para no verle la cara a Dios. Pero Dios les miró a la cara a ellos, ojos a ojos, y les habló al oído, en voz baja, muy baja, en voz de silencio armonioso. ¡Y así viven!

MIGUEL DE UNAMUNO.

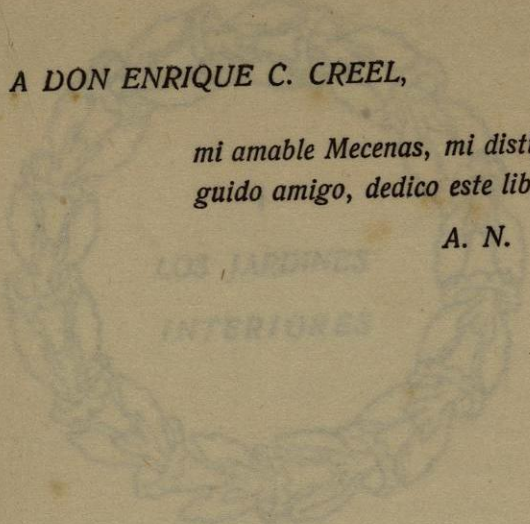
0 1 2 3 4 5 6 7 8 9

dedicó a la memoria de un amigo...
que me ha sido siempre un modelo...
de virtud y de talento...
y a quien he dedicado este libro...
con el mayor afecto y respeto...
que me es posible...
A. N.

A DON ENRIQUE C. CREEL,

*mi amable Mecenas, mi distin-
guido amigo, dedico este libro.*

A. N.



A DON ENRIQUE C. CREEL,

mi amable Mecenas, mi distin-
guido amigo, dedico este libro.

A. M.



I

LOS JARDINES

INTERIORES

Hay en esta obra
muchos dibujos
de flores.

Hay en esta obra
muchos dibujos
de flores. Tel. de la obra.



I

EXPONE LA ÍNDOLE DEL LIBRO

HAY savia joven: la de potentes glóbulos rica,
que las arterias del tronco núbil invade y llena,
y en policromo florón de pétalos se magnifica;
tórrida savia, jugo del Cáncer, que en la serena
noche de luna crepita y cruje de fuerza plena,
en el misterio donde la flauta de Pan resuena...

Hay savia enferma,
sangre doliente,
savia tardía,

que cuando brota, las ramazones del árbol cubre
con hojas mate, con hojas tenues... Tal es la mía.

A m a d o N e r v o

Tal es la mía: savia del yermo, que sólo encubre
gérmenes locos de la futura yema insalubre,
y tiene pompa, mas es la pompa solemne y triste
del viejo Octubre.



A m a d o N e r v o

siendo alianza en el río de las bodas,
pastoral en el índice del prelado;

Lima noble que un grillo desmorona
o estalón que remata una cabana;
crucifijo papal que nos perdona
o gran timbre de rey que nos condena;

MI VERSO

Que fingiese a mi antojo, con sus claros
facetas en que temblaban los desiertos

QUERRÍA que mi verso, de guijarro,
en gema se trocase y en joyero;
que fuera entre mis manos como el barro
en la mano genial del alfarero.

Que lo mismo que el barro, que a los fines
del artífice pliega sus arcillas,
fuese cáliz de amor en los festines
y lámpara de aceite en las capillas;

Que, dócil a mi afán, tomase todas
las formas que mi numen ha soñado,

siendo alianza en el rito de las bodas,
pastoral en el índice del prelado;

Lima noble que un grillo desmorona
o eslabón que remata una cadena,
crucifijo papal que nos perdona
o gran timbre de rey que nos condena;

MI VERSO
Que fingiese a mi antojo, con sus claras
facetas en que tiemblan los destellos,
florones para todas las tñaras
y broches para todos los cabellos;

Emblemas para todos los amores,
espejos para todos los encantos,
y coronas de astrales resplandores
para todos los genios y los santos.

Yo trabajo, mi fe no se mitiga,
y, troquelando estrofas con mi sello,
un verso acuñaré del que se diga:
Tu verso es como el oro sin la liga:
radiante, dúctil, poliforme y bello.



III

NOCTURNO

Y vi tus ojos: flor de beleño,
raros abismos de luz y sueño;
ojos que dejan al alma inerme,
ojos que dicen: duerme... dñerme...

Pupilas hondas y taciturnas,
pupilas vagas y misteriosas,

A m a d o N e r v o

pupilas negras, cual mariposas
nocturnas.

Bajo las bandas de tus cabellos
tus ojos dicen arcanas rimas,
y tus lucientes cejas, sobre ellos,
fingen dos alas sobre dos simas.

.....

¡Oh! plegue al cielo que cuando grita
la pena en mi alma dolida e inerme,
tus grandes ojos de sulamita
murmuren: «duerme»...



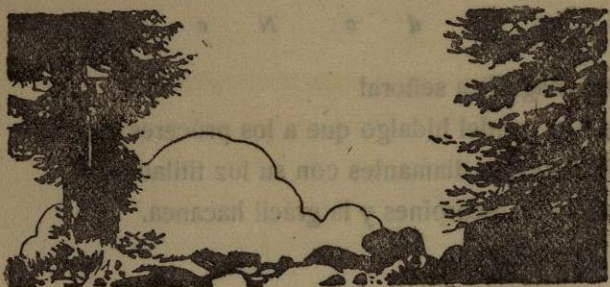
IV

TRISTE

MANO experta en las caricias,
labios, urna de delicias,
blancos senos, cabezal
para todos los sueños,
ojos glaucos, verdes mares,
verdes mares de cristal...

Ya sois idas, ya estáis yertas,
manos pálidas y expertas,
largas manos de marfil;
ya estáis yertos, ya sois idos,
ojos glaucos y dormidos
de narcótico sutil.

Cabecita auri-rizada:
hay un hueco en la almohada
de mi tálamo de amor;
cabecita de oro intenso:
¡qué vacío tan inmenso,
tan inmenso, en derredor!



V

TIBI REGINA

OH, Divina! son tus formas de una ingénita realeza;
de tus golas a lo Médicis se desprende tu cabeza
como aurífero pistilo de una exótica corola.

¡Oh, Deidad! tus ojos tienen lejanías de horizontes,
y tu lánguida hermosura, cual la nieve de los montes,
brilla sola, intacta y pura,
brilla pura, intacta y sola.

Ante ti puesto de hinojos, yo te juro Reina y Dama
y te rindo el vasallaje que tu orgullo me reclama.

A m a d o N e r v o

Oh, Magnífica señoral
Para ti el rondel hidalgo que a los próceres recrea,
los herretes de diamantes con su luz titiladora,
los sedenios escarpines y la grácil hacanea.



VI

DOCTRINANDO

Y A que de Dios en conversar te empeñas,
ya que desprecia tu cerebro helado
el amor que te di por el que sueñas,
háblame de ese Dios, mi bien amado!

Y el teólogo de faz de crucifijo,
de gran melena y de mirar profundo,
feliz de doctrinar, «Oh, Blanca, dijo,
Dios es el alma inmaterial del mundo.»

«Existe dondequiera en vario modo:
per se, por su virtud y su presencia;

per se, ya que lo invade y llena todo,
penetrándolo todo de su esencia;»

«Por su virtud también, que sometidos
a Dios están y su mandato arguyen,
Favonio blando si columpia nidos,
o Boreás y Aquilón si los destruyen;»

«Y en presencia, porque es omnividente:
su pupila equilátera fulgura
en el disco del sol indeficiente,
en Arturo, en Capella, en Cinosura.»

«Qué, ¿no adivinas con instinto infuso
de su eterna mirada el embeleso
alumbrando tu espíritu confuso?»

Y respondió:—«Tu Dios es muy abstruso;
yo prefiero tus labios... ¡Dame un beso!»



VII

INGENUA

OH, los rizos negros y los ojos nubios!
¡Oh, los ojos claros y los rizos rubios!

Los enormes besos en que amor es ducho...
¡Besarse sin treguas y quererse mucho!

Ser grande, muy grande, ser bueno, muy bueno;
pero entre tus brazos y sobre tu seno.

Besarte la nuca, besarte los ojos
y los hombros blancos y los labios rojos...

A m a d o N e r v o

¡Oh, mis dieciocho años! Oh, mi novia idal
Mi amor a la vida, mi amor a la vida...

La vida era dulce y el mundo era bueno;
¡pero entre tus brazos y sobre tu seno!

Las lunas de Mayo, si se lo preguntas,
te dirán que vieron *nuestras sombras juntas*;

El estero de aguas cuchicheadoras
lamió nuestra barca con lenguas sonoras.

Lamió nuestras barcas con lenguas sonoras,
en aquellas horas, en aquellas horas...

¿Dónde está la barca? ¿dónde está el estero?
¿dónde están las lunas?... ¡Tú mueres, yo muelo!

¡Oh, mis dieciocho años! Oh, mi novia idal
Mi amor a la vida... mi amor a la vida...

VIII

FUNAMBULESCA

Mis pesares son alegres y mi dicha llanto vierte;
son mis duelos danzarines y mis júbilos son frailes;
yo he sentido en los saraos la amargura de la muerte,
y he sentido ante la muerte la alegría de los bailes.

¡Cómo gimen las venturas en mi lívida cabezal
¡Cómo canta en el cordaje de mis nervios la agonía!
Soy cigarra que se nutre con aljófara de tristeza
y que luego enhebra dianas al fulgor del mediodía.

A m a d o N e r v o

Soy Heráclito y Demócrito a la vez, sol y nublado;
sorbo ajenjos en las risas y en el llanto sorbo mieles,
y es el sueño de mis noches un amor crucificado
que repica, sollozando, muchos, muchos cascabeles.



IX

TRITONIADA

Cómo surgen mis memorias ante el mar alborotado!
El mar es mi padre agosto... Deja, deja que recuerde:
en los viejos episodios, fui tritón, enamorado
de una joven oceánida oji-verde.

Sus cabellos impregnaban de su olor mi cuerpo todo,
cuando, trémulos, mis brazos musculosos la ceñían;
sus cabellos algas eran verdinegras, que de iodo
y de ozono los perfumes embriagantes despedían.

¡Qué dichoso si los besos de sus labios escarlata
se posaban en mis labios, descendían por mi tronco
y, erizando de deleite mis escamas de oro y plata,
inspiraban a mi oblicuo caracol su canto roncol

¡Cuántas veces en la noche, de la luna a los reflejos,
en la roca hospitalaria más distante y más esquiva
constelada de rojizos carapachos de cangrejos,
entregábase a mis ansias, melancólica o lasciva!

¡Cómo hendíamos las olas irritadas o serenas,
con su mano entre mi mano y en la suya mi pupila,
y qué dulces serenatas nos brindaban las sirenas
en los hoscos arrecifes de Caribdis y de Scila!

.....

¿Quién dió muerte a mis venturas? Un delfín gallardo y bruno.
—¿Te burlaron?—Me burlaron.—¿Te vengaste?—¡Sabiamente!
Demandando su tridente formidable al dios Neptuno,
¡los clavé sobre mi lecho de coral con el tridente!

❖
¡Cómo surgen mis memorias ante el mar alborotado!
El mar es mi padre agosto... Deja, deja que recuerde:

En los viejos episodios, fui tritón, enamorado
de una joven oceánida oji-verde.





X

¡DONDE ESTÁS!

QUÉ dragones, qué tarascas en alcázares dorados
te custodian—¡oh, princesa de mis sueños incesantes!—
entre cofres herrumbrosos por los genios fabricados
y repletos de zafiros, de rubíes purpurados,
de amatistas nunca vistas y diamantes titilantes?

¿Qué Merlín de seculares barbas cándidas disfruta
de tus núbiles frescuras y tus gracias infinitas,
en lo espeso de una selva y al amparo de una gruta
do se cuajan los albores de cien mil estalactitas?

A m a d o N e r i v o

¿Qué delfín de aletas de oro, por las aguas ambarinas
te condujo, nauta monstruo, penetrando los cristales,
a los limbos penumbrosos de cavernas submarinas,
entre perlas margaritas y obeliscos de corales?

¿O qué silfo, audaz tenorio con belleza y con fortuna,
te llevó sobre las alas de un hipógrifo nocturno,
o en las hebras cabalgando de algún haz de blanca luna,
a su alcázar verde y oro del anillo de Saturno?

¡Dime, dime dónde moras: iré a ti con loco empeño,
quebrantando los hechizos, los conjuros y los lazos;
si eres sombra seré sombra, si eres sueño seré sueño,
si eres nube seré nube, si eres luz seré risueño
rayo de alba o de Poniente por llegar hasta tus brazos!

XI

INCREPACIÓN

QUE aquél que, recorriendo su ruta de asperezas,
haya abrevado su alma en mayores tristezas
que mis tristezas, alce la voz y me reproche...
Job, Jeremías, Cristo, Daniel: en vuestra noche
toda llena de angustias de redención, había
un astro, el astro de una ideal teoría:
Dios vino hasta vosotros, Dios besó vuestra frente;
Dios abrió en vuestro cielo la brecha reluciente
de una ilusión...

En mi alma todo es sombra, y en ella
jamás ¡jamás! titilan los oros de una estrella;

mi alma es como la higuera por el Señor maldita,
que no presta ni fruto ni sombra, que no agita
sus abanicos de hojas; sus ramas, ¡ay! desnudas,
servirán a la desesperación de algún Judas,
¡de algún ideal tráfuga que me besó con dolo
y que, por fin, se ahorca desamparado y solo!

Que aquél que, recorriendo su ruta de asperezas,
haya abrevado su alma en mayores tristezas
que las mías, levante su voz de trueno. ¿En dónde
están los grandes tristes? ¡Ninguno me responde!
La eternidad es muda y el enigma cobarde...

—
Hermana, tengo frío: el frío de la tarde.



XII

LA CANCIÓN DE FLOR DE MAYO

FLOR de Mayo, como un rayo
de la tarde, se moría...
Yo te quise, Flor de Mayo,
tú lo sabes; ¡pero Dios no lo quería!

Las olas vienen, las olas van,
cantando vienen, cantando irán.

Flor de Mayo ni se viste
ni se alhaja ni atavía;

¡Flor de Mayo está muy tristel
¡Pobrecita, pobrecita vida mial

Cada estrella que palpita,
desde el cielo le habla así:
«Ven conmigo, Florecita,
brillarás en la extensión igual a mí.»

Flor de Mayo, con desmayo,
le responde: «¡Pronto iré!»
.....
Se nos muere Flor de Mayo,
¡Flor de Mayo, la Elegida, se nos fué!

Las olas vienen, las olas van,
cantando vienen, llorando irán...

«¡No me dejes!» yo le grito:
«¡No te vayas, dueño mío,
el espacio es infinito
y es muy negro y hace frío, mucho frío!»

Sin curarse de mi empeño,
Flor de Mayo se alejó,
y en la noche, como un sueño,
misteriosamente triste se perdió.

Las olas vienen, las olas van,
cantando vienen ¡ay, cómo irán!

Al amparo de mi huerto
una sola flor crecía:
Flor de Mayo, y se me ha muerto...
Yo la quise, ¡pero Dios no lo quería!

ENVÍO

La canción que me pediste,
la compuse y aquí está:
cántala bajito y triste;
ella duerme (para siempre); la canción la arrullará.
Cántala bajito y triste,
cántala...



XIII

VAGUEDADES...

Como pupilas de muertos
de luz sobrenatural,
brillan los focos en los desiertos
laberintos del arrabal.

El te canta en la tetera;
fuego dentro, hielo fuera,
que resbala por la vidriera.

Paso llegan o sonoras,
resonando turbadoras,
las procesiones de las horas.

Como pupilas de muertos
de luz sobrenatural,
brillan los focos en los desiertos
laberintos del arrabal.

—¿Por qué llora ese piano
bajo el nácar de tu mano?
—Llora en él mi dolor, hermano.

—¡Eh! ¡quién val ¿quién gime o reza
en la sombra de la pieza?
—Es mi madrina la Tristeza.

Como pupilas de muertos
de luz sobrenatural,
brillan los focos en los desiertos
laberintos del arrabal.

—¿Y qué libro lees ahora,
a la luz vaciladora
de la pálida veladora?

¿Alguna bella conseja
de flamante moraleja?
—Es una historia ya muy vieja...

Como pupilas de muertos
de luz sobrenatural,
brillan los focos en los desiertos
laberintos del arrabal.



XIV

LOS DIFUNTOS VIEJOS

Yo no amo a los que viven, «putrefacción andante»;
yo busco a los que moran de la ciudad muy lejos,
—bajo la tierra—, y amo la calva deslumbrante
de los bruñidos cráneos de los difuntos viejos.

Cadáveres amigos, ¡qué calma semejante
hallar a vuestra calma! Ni compasión, ni dejos
de las antiguas penas mostráis en el semblante,
que alumbra en los osarios la luz agonizante
del sol, dándoles nimbos de cárdenos reflejos.

¡Oh muerte! ¡Oh paz!.. ¡Yo adoro la calva deslumbrante
de los bruñidos cráneos de los difuntos viejos!



XV

EL METRO DE DOCE

EL metro de doce son cuatro donceles,
donceles latinos de rítmica tropa,
son cuatro hijosdalgo con cuatro corceles;
el metro de doce galopa, galopa...

Eximia cuadriga de casco sonoro
que arranca al guijarro sus chispas de oro,
caballos que en crines de seda se arropan
o al viento las tienden como pabellones;
pegasos fantasmas, los cuatro bridones
galopan, galopan, galopan, galopan...

A m a d o N e r v o

¡Oh metro potente, doncel soberano
que montas nervioso bridón castellano
cubierto de espumas perladas y blancas,
apura la fiebre del viento en la copa
y luego galopa, galopa, galopa,
llevando el Ensueño prendido a tus ancas!

El metro de doce son cuatro garzones,
garzones latinos de rítmica tropa,
son cuatro hijosdalgo con cuatro bridones;
el metro de doce galopa, galopa...



II

RONDOS VAGOS





I
*LO RECUERDAS? UNA NOCHE SIN FULGORES,
SIN BELLEZAS...*

Lo recuerdas? Una noche sin fulgores, sin bellezas,
el espectro de la ausencia consagraba con su mano
al dolor sin esperanza nuestras pálidas cabezas;
vanas eran nuestras luchas, todo vano, todo vano...
En mi espíritu rebelde suspiraban las tristezas,
las tristezas suspiraban en las cuerdas del piano.

—¡Adiós, virgen!—murmuraba con la voz de mis ternezas.
—¡Para siempre!—del piano respondía el son lejano.
En los campos iniciaban, entre juncos y malezas,
su macabra ronda lívida los fulgores del pantano,

y en mi espíritu rebelde se quejaban las tristezas,
las tristezas se quejaban en las cuerdas del piano...

¿Tornaremos a mirarnos? ;Quién aplaca las fierezas
de la vida! ;Quién penetra los rigores del arcano!
—¡Adiós, virgen!...—¡Parasiempre!—respondió con asperezas
una *fuga*, y al perderme tras los árboles del llano,
en mi espíritu rebelde sollozaban las tristezas,
las tristezas sollozaban en las cuerdas del piano...



II

COMO BLANCA TEORÍA POR EL DESIERTO

Como blanca teoría por el desierto,
desfilan silenciosas mis ilusiones,
sin árbol que les preste sus ramazones,
ni gruta que les brinde refugio cierto.

La luna se levanta del campo yerto
y, al claror de sus lívidas fulguraciones,
como blanca teoría mis ilusiones
desfilan silenciosas por el desierto,

A m a d o N e r v o

En vano al cielo piden revelaciones;
son esfinges los astros, Edipo ha muerto,
y a la faz de las viejas constelaciones,
desfilan silenciosas mis ilusiones
como blanca teoría por el desierto.



III

PASAS POR EL ABISMO DE MIS TRISTEZAS

PASAS por el abismo de mis tristezas
como un rayo de luna sobre los mares,
ungiendo lo infinito de mis pesares
con el nardo y la mirra de tus ternezas.

Ya tramonta mi vida; la tuya empiezas;
mas, salvando del tiempo los valladares,
como un rayo de luna sobre los mares
pasas por el abismo de mis tristezas.

No más en la tersura de mis cantares
dejará el desencanto sus asperezas;
pues Dios que dió a los cielos sus luminares,
quiso que atravesaras por mis tristezas
como un rayo de luna sobre los mares.



IV

YO VENGO DE UN BRUMOSO PAÍS LEJANO

Yo vengo de un brumoso país lejano,
regido por un viejo monarca triste...
Mi numen sólo busca lo que es arcano,
mi numen sólo adora lo que no existe.

Tú lloras por un sueño que está lejano,
tú aguardas un cariño que ya no existe;
se pierden tus pupilas en el arcano
como dos alas negras, y estás muy triste.

A m a d o N e r v o

Eres mía: nacimos de un mismo arcano
y vamos, desdeñosos de cuanto existe,
en pos de ese brumoso país lejano
regido por un viejo monarca triste...



III

DAMIANA

My name is might have been...
(DANTE GABRIEL ROSSETI.)



I

QUIÉN ES DAMIANA

LA mujer que, en mi lozana
juventud, pudo haber sido
—si Dios hubiera querido—
mía,
en el paisaje interior
de un paraíso de amor
y poesía;
la que, prócer o aldeana,
«mi aldeana» o «mi princesa»
se hubiera llamado, esa
es, en mi libro, Damiana.

La hija risueña y santa,
 gemela de serafines,
 libélula en mis jardines
 quizás, y en mi feudo infanta;
 la que
 pudo dar al alma fe,
 vigor al esfuerzo, tino
 al obrar, ¡la que no vino
 por mucho que la llamé!
 la que aún mi frente besa
 desde una estrella lejana,
 esa
 es, en mi libro, Damiana.

Y aquella que me miró,
 no sé en qué patria querida
 y, tras mirarme, pasó
 (desto hace más de una vida),
 y al mirarme parecía
 que me decía:
 —«Si pudiera detenerme
 te amara...» La que esto al verme
 con los ojos repetía;
 la que, sentado a la mesa

del festín real, con vana
 inquietud aguardo, esa
 es, en mi libro, Damiana;

La que con noble pergeño
 suele flüida vagar
 como un fantasma lunar
 por la zona de mi ensueño;
 la que fulge en los ocasos,
 que son nobleza del día;
 la que, en la melancolía
 de mi alcoba, finge pasos;
 la que, puesto a la ventana,
 con un afán que no cesa
 aguardo hace un siglo, esa
 es, en mi libro, Damiana.

Todo lo noble y hermoso
 que no fué;
 todo lo bello y amable
 que no vino;
 y lo vago y misterioso
 que pensé,

A m a d o N e r v o

y lo puro y lo inefable
y lo divino;

El enigma siempre claro en la mañana,
y el enigma por las tardes inexpreso;
amor, sueños, ideal, esencia arcana...,
todo eso, todo eso, todo eso,
tiene un nombre en estas páginas: ¡Damiana!



II

ESTA NIÑA DULCE Y GRAVE...

ESTA niña dulce y grave
tiene un largo cuello de ave,
cuello lánguido y sutil,
cuyo gálibo suave
finge prora de una nave,
de una nave de marfil.

Y hay en ella, cuando inclina
la cabeza arcaica y fina,
—que semeja peregrina
flor de oro—al saludar,

cierto ritmo de latina,
cierto porte de menina
y una gracia palatina
muy difícil de explicar...



III

NUESTRO AMO ESTÁ EXPUESTO

NUESTRO AMO está expuesto,
Nuestro Amo está expuesto.
Anda, dile a *Nuestro Amo*, Damiana,
que guarde tu almita de luz para el cielo.

Nuestro Amo
está expuesto en su enorme custodia,
como un sol de nieve
dentro de un sol de fuego;
en su enorme custodia,
donde, como flores de un país de ensueño,

dos querubes de alas en espiral, fingen
corolas de plumas.

Las damas del pueblo
enviaron sus canarios
para adorno del templo,
y esos luminosos
pájaros, batiendo
sus alitas de ocre, gorjean tan dulce
que así deben cantar las bandadas
de Dios en el cielo.

Hay matas de flores tan finas
como el terciopelo,
como mágicas sedas olorosas;
hay tiestos
rizados de musgo, naranjas doradas,
con mil flamulillas de oropel, que crujen
al soplo del viento,
al soplo del viento,
que hace esgrima con luces de cirios,
como con espadas de trémulo fuego.

Nuestro Amo está expuesto
y la Santa Virgen, cubierta de joyas,
está en un crucero,
con su veste de tela de plata,
sonriendo
y ostentando en su diestra afilada
una gran camándula de vivos destellos,
y sortijas de antigua factura
prendidas al viejo marfil de sus dedos.
Anda, dile a la Virgen, Damiana,
que guarde tu almita de luz para el cielo.

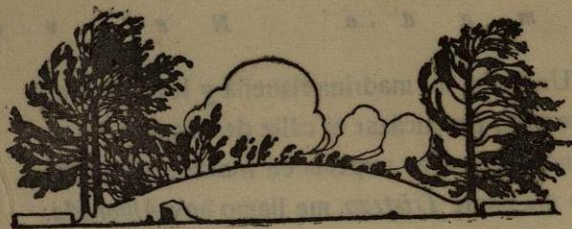
Nuestro Amo está expuesto:
anda a visitarlo, Damiana. Te hincas
en el presbiterio;
ante el ascua de oro del altar bendito
rezas un padre-nuestro,
y le cuentas a Dios tus angustias,
tus deseos,
y le dices así: «Padre mío,
Tú formaste mi alma de diamante y quiero
seguir siendo en la vida un diamante,
para ser un diamante en el cielo
y acurrucarme

A m a d o N e i v o

como un lucero,
en la noche, que es el infinito
raso azul de tus santos joyeros.
Quiero ser un diamante,
y si las miserias y si el sufrimiento
vienen y obscurecen mis facetas diáfanas,
para seguir siendo
diamante en la angustia, diamante en las lágrimas,
diamante en los duelos.
Tú que sacas la luz de la sombra,
harás que me vuelvan todas las negruras
un diamante negro...»

¡Anda a ver a *Nuestro Amo*, Damiana,
anda a verlo!
Oye las campanas cómo cantan *Gloria*
in excelsis Deo!

Corre a la iglesia, retoño mío,
luz de mis años, flor de mis hielos...
Anda a ver a *Nuestro Amo*, Damiana,
Nuestro Amo está expuesto.



IV

TU VIENES CON EL ALBA

Tú vienes con el alba, por eso eres rosada;
tus ojos, que se acuerdan del trópico, son dos
gemelos del ensueño... ¡Mi almita enamorada,
que la ilusión te mime, que te bendiga Dios!

Mi verso fué paloma, paloma querellosa;
mas hoy turba es de abejas que giran en tropel,
buscando tus perfumes (¿acaso no eres rosa?)
libando en tus pistilos (¿acaso no eres miel?)

A m a d o N e r v o

Un hada, mi madrina risueña y leve, un hada
que tuvo por alcázar el cáliz de una flor,
bendijo nuestras nupcias en fresca madrugada.
Yo me llamé *Tristeza*, me llamo hoy *Alborada*:
tú te llamaste *Infancia*, te llamas hoy *Amor*.



SALÍ al alba, dueño mío,
y llegué, marcha que marcha
entre cristales de escarcha,
hasta la margen del río.
¡Vengo chinita de frío!

De la escarcha entre el aliño,
era el dormido caudal
como un sueño de cristal
en un edredón de armiño.
(Emblema de mi cariño.)

Alegre estaba, señor,
junto a la margen del río,
alegre en medio del frío:
es que me daba calor
dentro del alma tu amor.

Te ví al tornar, mi regreso
esperando en la ventana,
y echó a correr tu Damiana
por darte más pronto un beso
—¿Por eso?— ¡No más por eso!



VI

TAN RUBIA ES LA NIÑA QUE...

TAN rubia es la niña que,
cuando hay sol, no se la vel

Parece que se difunde
en el rayo matinal,
que con la luz se confunde
su silueta de cristal
tinta en rosas, y parece
que en la claridad del día
se desvanece
la niña mía.

A m a d o N e r v o

Si se asoma mi Damiana
a la ventana, y colora
la aurora su tez lozana
de albérchigo y terciopelo,
no se sabe si la aurora
ha salido a la ventana
antes de salir al cielo.

Damiana en el arrebol
de la mañanita se
diluye y, si sale el sol,
por rubia... no se la ve!

A m a d o N e r v o

—Padre, el agua me acorrala.
—Ayos pesares me trae.
—Damiana, la lluvia cae
como algo que se deshoja.

—¿Oyes? murmurando está
como una monja que reza...
—Damiana, tengo melancolía!
—Yo también ¡no sé por qué!

VII

CUANDO LLUEVE...

VES, hija? Con tenue lloro
la lluvia a caer empieza,
—Sí, padre, y cayendo reza
como una monja en el coro.

—Damiana, hija mía,
ya enciende el quinqué;
yo tengo melancolía...
—Yo también ¡no sé por qué!

—Padre, el agua me acongoja;
vagos pesares me trae.

—Damiana, la lluvia cae
como algo que se deshoja.

—¿Oyes? murmurando está
como una monja que reza...

—¡Damiana, tengo tristeza!

—Yo también... ¿por qué será?



Las lágrimas de un Dios son como el viento
que sopla sobre la tierra y levanta el polvo
de la existencia humana.

—Tú lo sabes, oh vida dulce y triste,
que traza, dividiendo noche y día,
la divino parentesco de plata.

VIII

EXHALACIÓN

CAYÓ la tarde, y el taimado anhelo
que noche a noche la extensión explora,
busca en vano la estrella donde mora
mi luminoso espíritu gemelo.

Como un ave de luz herida al vuelo,
que al caer bate el ala tembladora,
una blanca fotófuga desflora
la comba lapizlázuli del cielo.

¿Es lágrima de un dios ese astro errante?
¿Es «Ella» que dejó su edén distante
para buscarme en la existencia ingrata?

—Tú lo sabes, oh luna dulce y fría,
que trazas, dividiendo noche y día,
tu divino paréntesis de plata.



IX

DAMIANA SE CASA

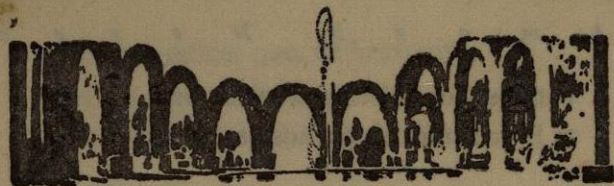
CON mis amargos pensares
y con mis desdichas todas,
haré tu ramo de bodas,
que no será de azahares.

Mis ojos, que las angustias
y el continuado velar
encienden, serán dos mustias
antorchas para tu altar.

El llanto, que de mi cuita
sin tregua brotando está,
tu frente pura unirá
como con agua bendita...

—Señor, no penes; tu ceño
me duele como un reproche.
—¡Que pálida estás, mi dueño!
—Es que pasé mala noche:
el amor me quita el sueño.

—¡Y te vas!...
—Me voy, es tarde,
me aguardan; el templo arde
como un sol ¡Tu mal mitiga,
Señor, y Dios te bendiga!
—Damiana, que Dios te guarde...



X

SON LOS SUEÑOS QUE PASAN...

A veces tu recuerdo se condensa
en mil formas extrañas; huye el día,
y en rojo funeral, sobre la inmensa
extensión del azur, la tarde piensa,
y yo pienso con ella, vida mía.
¡Pienso en til
Cae el sol.
Alguien me nombra:
una voz—¡muy lejana!—de reproche;
y clavado de horror sobre la alfombra,

A m a d o N e r v o

con los ojos abiertos en la sombra,
te busco entre los sueños de mi noche.

EL PRIMER SUEÑO

Y un sueño viene a mí. Cruza la sala
con vuelo de fantasma, y se divulga
un rumor ideal si bate el ala,
y es tan puro como una colegiala
vestidita de lino, que comulga:
¡La fe de mi niñez!

EL SEGUNDO SUEÑO

Oigo un escherso
inefable, que el ánima me arroba,
y otro sueño se acerca entre el disperso
enjambre, y es azul: el primer verso
que escribí, niño y trémulo, en mi alcoba...

EL TERCER SUEÑO

Y llega un sueño rosa—¡oh paraíso!—
Y siento no sé qué dulces resabios:

O b r a s C o m p l e t a s

es el beso primer que, de improviso,
le dejé a una muchacha que me quiso,
cierta noche de Abril, entre los labios.

EL CUARTO SUEÑO

Y luego un sueño púrpura. Ni el cielo
tan vivo luce cuando el sol navega...
Le conozco muy bien: ¡el primer celol
¡Mas, si ya no sé odiar, si ya el Otelo
murió en mi corazón!

¡Qué tarde llegal

TÚ

Y por fin vienes tú; con el sedeño
pelo arropas mi frente atormentada,
y al oído me dices: pobre dueño,
lo mejor de mi ser es ser un sueño,
un copito de luz, un eco, nada...

Y suspiras: «¡Adiós!»; y en el tranquilo azul, donde cada astro es como un broche de trémulo cristal, hallas asilo; mientras surge el menguante y, con su filo, guillotina la testa de la noche.

Que tarde llegas



XI

LA VIEJA CANCIÓN

I

ESTA es la vieja canción
que, en una vieja guitarra,
un coplero, viejo y ciego,
a quien quiere oír, canta:

«La Muerte es una madre,
la Vida una madrastra:
mortal, no te importe sufrir en el mundo,
el mundo es un *Valle de Lágrimas*.»

«Resígnate a ser pobre
si pobre eres, y aguarda;
los pobres del mundo son ricos del cielo,
los ricos allá no son nada.»

Esta es la vieja canción
que, en una vieja guitarra,
la Ilusión, viejo coplero,
a quien quiere oirla, canta.

II

Esta es la vieja canción;
mas por vieja ya no priva:
nadie escucha al pobre diablo
que la espeta en una esquina.

La humanidad ya no sueña
y, de su fe desprovista,

más quiere un «ten!», aquí abajo
que dos «te daré» allá arriba.

III

Tú y yo, Damiana, los últimos
abencerrajes del Sueño,
somos acaso los solos
que oímos al pobre ciego.

La calle está solitaria,
la noche tiende en el cielo
sus alas imponderables,
agresivas de misterios.

Marchamos los dos del brazo
por el bulevar desierto,
y mientras que la canción
sigue sonando a lo lejos,
nos unimos en la sombra,
pensando: «Si fuera cierto...»

... y ...

... que quisiera un ...
... que nos ...
... que nos ...

III

... y yo, Daniana, las últimas ...
... Spencer ...
... somos acaso las ...
... que oímos al pobre ciego.

... que en este ...
... que en el cielo ...
... que en las ...
... que en los misterios.

... que en las ...
... que en las ...
... que en las ...
... que en las ...

... que en las ...
... que en las ...



IV

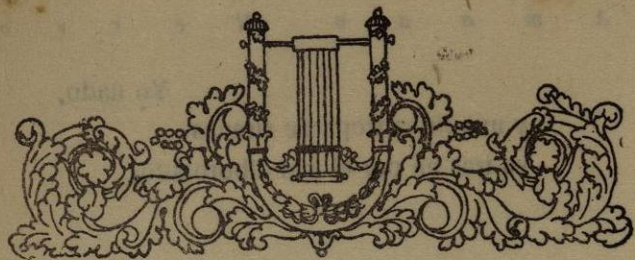
EL MAGO—EL RETORNO—CONDENACION DEL LIBRO



... y ...
... que en el ...

... y ...
... que en el ...

... y ...
... que en el ...



EL MAGO

Yo marchó,
y un tropel de corceles piafadores
va galopando tras de mí.

Yo vuelo,
y me sigue un enjambre de condores
por la inviolada majestad del cielo.

Yo canto,
y las selvas de música están llenas,
y es arpa inmensa el florestal.

A m a d o N e r v o

Yo nado,
y una lírica tropa de sirenas
va tras mí por el mar alborotado.

Yo río,
y de risas se puebla el éter vago,
como un coro de dioses.

Yo suspiro,
y el aura riza suspirando el lago;
yo miro, y amanece cuando miro.

Yo marchó, vuelo, canto, nado, río,
suspiro, y me acompaña el Universo
como una vibración: Yo soy el Verso,
¡y te busco, y me adoras, y eres míol



II
EL RETORNO

VUELVO, pálida novia, que solías
mi retorno esperar tan de mañana,
con la misma canción que preferías
y la misma ternura de otros días
y el mismo amor de siempre, a tu ventana.

Y elijo para verte, en delicada
complicidad con la naturaleza,
una tarde como ésta: desmayada
en un lecho de lilas, e impregnada
de cierta aristocrática tristeza.

A m a d o N e r y o

Vuelvo a ti con mis dedos enlazados
en actitud de súplica y anhelo,
—como siempre,—y mis labios, no cansados
de alabarte, y mis ojos obstinados
en ver los tuyos a través del cielo!

Recíbeme tranquila, sin encono,
mostrando el dejo suave de una hermana;
murmura un apacible: «Te perdono»,
y déjame dormir con abandono,
en tu noble regazo, hasta mañana...



III

CONDENACION DEL LIBRO

EL PRELADO:

Condenamos este libro por exótico y perverso,
porque enciende sacros nimbos en las testas profanadas,
porque esconde, bajo el oro leve y trémulo del verso,
la dolosa podredumbre de las criptas blanqueadas.

Cierto: a veces algo emerge con virtudes misteriosas;
pero es más lo que se abate, lo que cede y se derrumba;
de la noche de estas rimas surgen raras mariposas;
pero son las agoreras mariposas misteriosas
que germinan en la tumba...

A m a d o N e r v o

Y por tanto, Nos, Fidelio, por la gracia de la Sede Pontificia, Obispo *in partibus* de Quimera y Utopía, decretamos que este libro de tristeza y mofa, quede relegado a la ignominia y al olvido que precede al abismo sin fronteras.

EL POETA:

Del abismo brota el día.



EN VOZ BAJA

Alma, ven a mi alma sin ruido,
que te quiero decir, así, al oído...

EN VOZ BAJA

¡Aunque sea en mi casa sin ruido,
que se oiga nada, que se oiga...



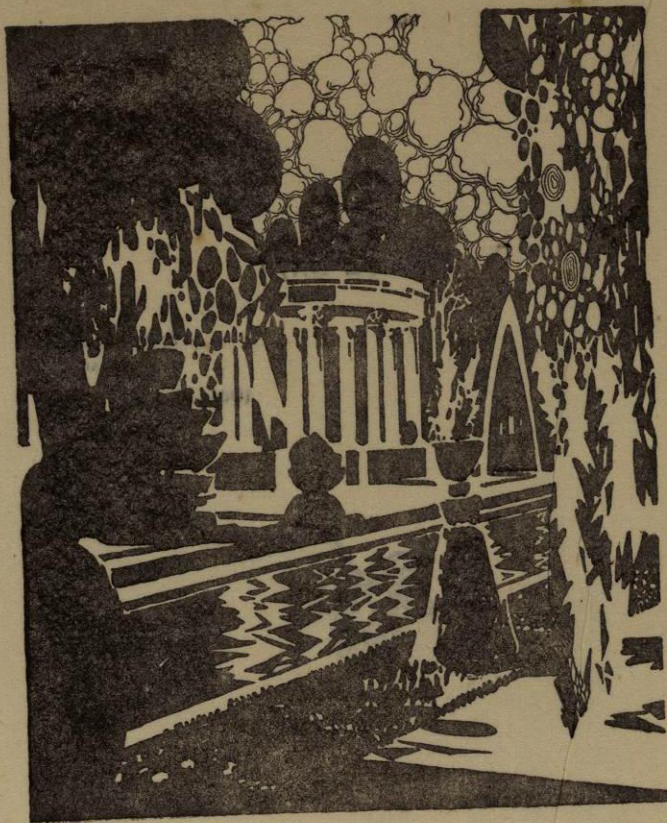
Madre, los muertos oyen mejor:
¡sonoridad celeste hay en su caja!
A ti, pues, este libro de intimidad, de amor,
de angustia y de misterio, murmurado *en voz baja*...

Madre, los muertos ovan mejor:
reconozca este hay en su cala
A ti que este libro de la vida, de amor,
de soledad y de misterio, iluminado en voz baja...

I
EN VOZ BAJA

Favete linguis...
HORACIO.
(Odas, III, 1, 2.)





I

QUISIERA...

QUISIERA, noble hermana,
prender, en los encajes
del verso y de la prosa,
el alma triste, arcana,
sutil y misteriosa
que tienen los paisajes.



II

SILENCIO!...

UFANÍA de mi hombro,
cabecita rubia, nido
de amor, rizado y sedező:
¡Por Dios, a nadie digas que tanto te nombro;
por Dios, a nadie digas que nunca te olvido;
por Dios, a nadie digas que siempre te sueño!



II

SILENCIO...

U
RAMA de un hombre
capacida y noble
de amor fidedigno y sereno
Por Dios a nadie lejas que tanto le amaron
por Dios a nadie digas que nunca te olvidé
por Dios a nadie digas que siempre te amé

124

III

NO LE HABLÉIS DE AMOR

Es su faz un trasunto de ideal, tan completo!
¡Son sus ojos azules de tan raro fulgor!
Sella todo sus actos un divino secreto...
¡No le habléis de amor!

¡Es tan noble el prestigio de sus manos sutiles!
¡Es tan pálido el rosa de sus labios en flor!
Hay en ella el misterio de los viejos marfiles...
¡No le habléis de amor!

125

A m a d o N e r v o

Tiene el vago embeleso de las damas de antaño,
en los lienzos antiguos en que muere el color...
¡No turbéis el silencio de su espíritu huraño!
¡No le habléis de amor!



IV

VIEJA LLAVE

ESTA llave cincelada
que en un tiempo fué, colgada
(del estrado a la cancela,
de la despensa al granero),
del llavero
de la abuela,
y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores;
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió:
solo en un baúl de cuero,
desprendida del llavero,
esta llave se quedó.

Herrumbrosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
nada es ya de lo que fué.

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena...
¡me parece un alma en penal

Pobre llave sin fortuna
... y sin dientes, como una
vieja boca: si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,

pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?



Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.
Tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú, de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
de otros tiempos; tu cautela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,

A m a d o N e r v o

pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?



Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa oscura
(que en un día de premura
fué preciso vender mal)

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés, mi prima, y yo
nos dijimos tantas cosas
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó...

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

130

Tom IV



V
HOJEANDO ESTAMPAS VIEJAS

DIME, ¿en cuál destas nobles catedrales,
hace ya muchos siglos,—oh, Señora,—
silenciosos, mirando los vitrales,
unimos nuestras manos fraternales
en la paz de una tarde soñadora?

Dime, ¿en cuál de los árboles copudos,
deste bosque, medrosos y desnudos,
oímos, en los viejos milenarios,
rugir a los leones solitarios
y aullar a los chacales testarudos?

131

Di si en esta enigmática ribera
me esperabas antaño, compañera,
sólo teniendo, en noches invernales,
por chal para tus senos virginales,
la húmeda y salobre cabellera.

¿En cuál destos torneos tus colores
llevé, y en cuál castillo tus loores
entonaron mis labios halagüeños?
Y si nunca te ví ni te amé viva,
¿por qué hoy vas y vienes pensativa
por la bruma de nácar de mis sueños?



VI

RUEGO

A Anita.

Fui bueno para tí como las rosas,
como el hilo de agua, como el día;
y te hice, en tus horas dolorosas,
la santa caridad de mi poesía.

En cambio, sé indulgente, como una
hermanita mayor; pon tu sonrisa
en esta lobreguez de mi fortuna...
¡Sé piadosa... como un rayo de luna!
¡Sé süave... como un soplo de brisa!



En cambio, sé indulgente, como una
hermana mayor; pon tu sonrisa
en esta lobreguez de mi fortuna...
¡Sé piadosa... como un rayo de luna!
¡Sé silvete... como un sepulcro de brasa!

VII

«TEL QU'EN SONGE»

Ayer vino Blanca;
me miró en silencio,
y era más misteriosa que otras veces:
como se ven las cosas en los sueños...

Larga, largamente
me sonrió; pero
con la rara expresión con que sonríen
las bocas que miramos en los sueños...

A m a d o N e r v o

¡Qué melancolías
en sus ojos negros!
Esas melancolías indecibles
que entristecen los rostros en los sueños!...

Me miró y se fué
con paso ligero,
más ligero que nunca: con el paso
con que andan los fantasmas en los sueños...



VIII

TAL VEZ

ESTE despego de todo,
esta avidez de volar,
estos latidos que anuncian
el advenimiento de la libertad;
esta pasión por lo arcano,
me hacen a ratos pensar:
—Alma, tal vez estoy muerto
y no lo sé... ¡como don Juan!

Esta nostalgia de mundos
¡ay! que ni sé dónde están;

A m a d o N e r v o

estas vislumbres de seres
y cosas sin nombre, que no vi jamás;
esta embriaguez de infinito,
me hacen a ratos pensar:
—Alma, tal vez estoy muerto
y no lo sé... ¡como don Juan!

Estos amagos de vértigo,
cual si mi espíritu ya
fuese flotando en el éter;
esta misteriosa sensación de paz,
estos perfumes de enigma,
me hacen a ratos pensar:
—Alma, tal vez estoy muerto
y no lo sé... ¡como don Juan!



IX

ES UN VAGO RECUERDO...

Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego, en la noche, desaparece;
que surge de un ignoto pasado,
que viene de muy lejos y como muy cansado;
que llega de las sombras de un tiempo indefinido;
un recuerdo de algo muy bello, que se ha ido
hace ya muchos siglos, hace... como mil años.
Sutiles añoranzas y dejos muy extraños...

Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego, en la noche, desaparece.

A m a d o N e r v o

Es una vieja esencia que el alma me perfuma,
y que se desvanece después entre la bruma;
es el matiz de un pétalo de rosa desvaído;
es un resabio como de un gran amor, perdido
del tiempo en la frontera,
donde está lo que ha sido,
lo que fué y lo que era...

Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego, en la noche, desaparece...



X

LA BELLA DEL BOSQUE DURMIENTE

DECIDME, noble anciana, por vuestra vida:
¿yace aquí la princesa que está dormida,
esperando ha dos siglos un caballero?

—La princesa de que hablan en tu conseja,
¡soy yo!... pero, ¿no miras? estoy muy vieja,
¡ya ninguno me busca y a nadie espero!

—Y yo que la procela de un mar de llanto
surqué... ¡Yo que he salvado montes y ríos
por vos!—¡Ayl caballero ¡qué desencanto!

... Mas, no en balde por verme sufriste tanto:
tus cabellos son blancos ¡como los míos!

Asómate al espejo de esta fontana,
oh, pobre caballero... ¡Tarde viniste!
Mas, aún puedo amarte como una hermana,
posar en mi regazo tu frente cana
y entonar viejas coplas cuando estés triste.



XI

LANGUIDEZA

Yo no sé si estoy triste
porque ya no me quieres
o porque me quisiste,
¡oh frágil entre todas las mujeres!

Ni sé tampoco
si de ti lo mejor es tu recuerdo,
y si al adorarte fui cuerdo
y si al olvidarte soy loco.

Un suave desgano
de todo amor, invade el alma mía.
¡Qué grande y qué falaz era el oceano
en que nos internamos aquel día,
los ojos en los ojos y la mano en la mano!

Hoy, siento que renace mi existencia
como una sutil convalecencia...
¡Llama soy que un suspiro apagaría!

Déjame junto a la ventana,
sorprender en el lampo que arde
los pensamientos de la tarde,
las locuras de la mañana.

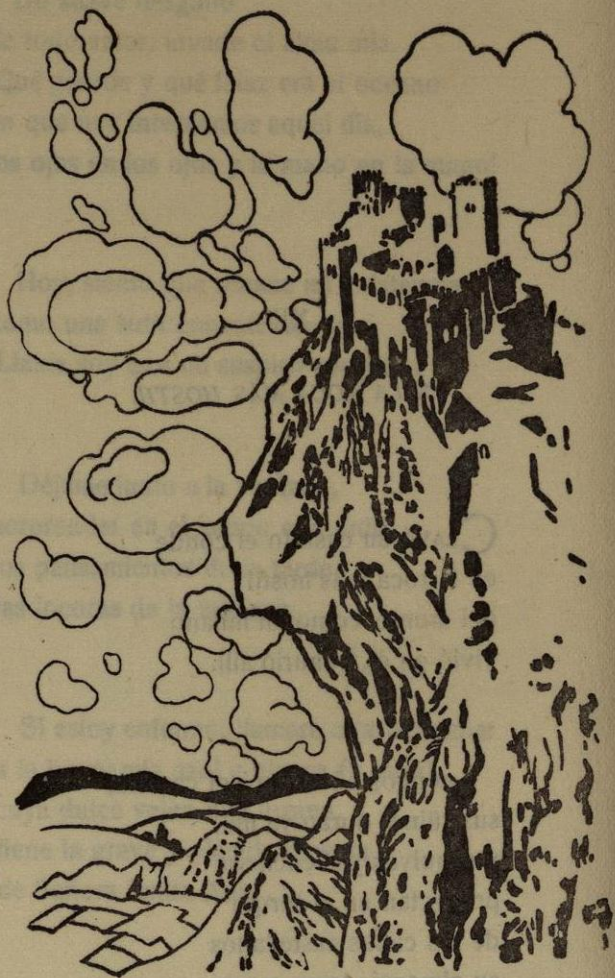
Si estoy enfermo, llamaré a la hermana:
a la hermanita azul y blanca (y pura),
cuya dulce vejez, aún lozana,
tiene la grave y plácida mesura
de Señora Santa Ana...

XII

EN LA ROCA MÁS HOSTIL

CLAVÓ su castillo el conde
en la roca más hostil
del monte; como un milano
vivió en él, y murió allí.

Luengos años duró el castillo,
sus rüinas duran ya mil,
y esquivas y silenciosas
proyectan en el turquí
de los cielos castellanos
su almenaje torvo y gris.



O b r a s C o m p l e t a

Luengos años duró el castillo,
sus rüinas duran ya mil.

Conde, vuestros huesos áridos
tornáronse polvo y
ha siglos que nadie sabe
la tumba donde dormís.
Las crónicas que narraban
vuestros hechos en la lid,
son, en archivos oscuros,
manjar de insecto ruin.

Pero viven vuestras torres
berroqueñas, y su hostil
silueta, imperiosa y grave,
os evoca, conde, allí,
vestido de todas armas,
como gigante adalid.

Luengos años duró el castillo,
sus rüinas duran ya mil.

Haber servido a su dama,
a su rey y a su país,
haber alzado una torre
en la roca más hostil;
haber confesado a Cristo,
besando su cruz morir...
¡quién sabe, conde, si al cabo
más vale esto que el trajín
y la histeria de mi siglo,
que no acierta a donde ir,
que derriba y alza altares
con un ímpetu febril
y que, pudiéndolo todo,
no ha podido ser feliz!

Luengos años duró el castillo,
sus ruinas duran ya mil.

... Pero no, mente influída
por los abuelos, no así
razones; ten fe en tu siglo,
que de uno en otro deslíz,
que de uno en otro tanteo,

que de uno en otro sufrir,
que de uno en otro problema,
lleva en pos de excelso fin
su santo botón de enigma,
que en flor de luz se ha de abrir.

Luengos años duró el castillo,
sus ruinas duran ya mil.

Ven, clava tu pensamiento,
poeta, bajo el zafir
de los cielos, en la cresta
de la roca más hostil,
como almenaje de conde,
y erguido mantenlo allí,
luengos años más que el castillo
y más que sus ruinas, mil.



Los montanos hijos de la lluvia,
corredor, mientras camaban en tu puerto
y cuando pagas labor en el desierto
y cuando pagas labor en el desierto

XIII

INMORTALIDAD

No, no fué tan efímera la historia
de nuestro amor: entre los folios tersos
del libro virginal de tu memoria,
como pétalo azul está la gloria
doliente, noble y casta de mis versos.

No puedes olvidarme: te condeno
a un recuerdo tenaz. Mi amor ha sido
lo más alto en tu vida, lo más bueno;
y sólo entre los légamos y el cieno
surge el pálido loto del olvido.

A m a d o N e r v o

Me verás dondequiera: en el incierto
anochecer, en la alborada rubia;
y cuando hagas labor en el desierto
corredor, mientras tiemblan en tu huerto
los monótonos hilos de la lluvia.

¡Y habrás de recordar! Esa es la herencia
que te da mi dolor, que nada ensalma.
¡Seré cumbre de luz en tu existencia,
y un reproche inefable en tu conciencia
y una estela inmortal dentro de tu alma!



XIV

A LEONOR

Tu cabellera es negra como el ala
del misterio; tan negra como un lobrego
jamás, como un adiós, como un «¡quién sabe!».
Pero hay algo más negro aún: ¡tus ojos!

Tus ojos son dos magos pensativos,
dos esfinges que duermen en la sombra,
dos enigmas muy bellos... Pero hay algo,
pero hay algo más bello aún: tu boca.

Tu boca, ¡oh, sí!; tu boca, hecha divina-
mente para el amor, para la cálida
comuni6n del amor, tu boca joven;
pero hay algo mejor aún: ¡tu alma!

Tu alma recogida, silenciosa,
de piedades tan hondas como el piélagos,
de ternuras tan hondas...

Pero hay algo,
pero hay algo más hondo aún: ¡tu ensueño!



XV

ENTONCES...

ERES helada como los metales,
y tu alma infantil y matutina
es clara aún como los manantiales:
ninguna imagen tiembla en sus cristales.
Pero, en llegando amor, serás divina.

Angélica y Oriana,
Melisandra y Cordelia,
Margarita y Ofelia
te llamarán hermana.

¡Oh! ¡que no pueda yo, señora mía,
aguardar que el botón se vuelva rosa,
embotando del tiempo que me acosa
la tiranía!

Mas, cuando empiecen esas soberanas
germinaciones de una savia loca,
ya regalarme no podrá tu boca
sino un beso de paz, sobre mis canas.



XVI

INTERROGACIÓN

Si tus pálidas manos me bendicen,
iré, tras de la Esfinge, a los desiertos,
a preguntarle aquello que no dicen,
inexorables en callar, los muertos.

Dame el odre y la alforja; del romero
dame el nudoso báculo, pues quiero
ver esta misma tarde a la taimada,
¡y aunque sus uñas en mí clave airada,
sabré al fin por qué vivo y por qué muerol

No temeré tropiezos ni deslices,
ni emboscadas recelaré, ni vanos
espectros, si tú, Santa, me bendices
con tus pálidas manos...

—Mas... ¿si calla la Esfinge?

—La encendida

noche respuesta me dará cumplida;
pues sé que no mintieron los poetas,
y que al cabo se acerca la venida
de *Aquél* que bajará de los planetas
a explicar el misterio de la vida!



XVII

DEPRECACIÓN A LA NUBE

LLEVA en su cuello el cisne la inicial de *Síteño*,
y es como un misterioso sueño blanco que pasa;
¡pero es más misteriosa la nube, que se abrasa
en el poniente grave y en el orto risueño!

¡Nube, del invisible viento visible estela,
que eres cisne a la aurora, cuervo en la noche vana;
nube, de la veleta celeste prima hermana;
nube, que eres océano y onda y espuma y vela!

A m a d o N e r v o

¡Nube, sé mi madrina! Baja piadosa, y viste
de transfiguraciones todo lo que en mí dude,
todo lo que de oscuro en mi cerebro existe.
Sea yo luminoso por lo que he sido triste,
aunque después, la racha que sopla, me desnude.



160

XVIII

VISIÓN

MELANCÓLICAMENTE,
al tornar el rebaño
en la tarde tranquila,
dilata en el ambiente,
sobre el paisaje huraño,
con un intermitente
sonido que hace daño,
su vibración la esquila.

Dirígense al paseo
los ciegos del hospicio,

161

TOMO VII

11

séguidos de un hermano
que, con leve siseo,
va rezando el oficio,
mientras el parloteo
de la turba sin juicio
despierta el eco vano...

El ala pasajera
de nubecilla errante
proyecta sombra móvil
sobre la carretera,
por donde, resonante,
aparece, en carrera
febril, como gigante
batracio, un automóvil.

Desconcierto provoca
en los niños, su agudo
resollar repentido,
mientras que, visión loca,
pasa el *chauffeur* peludo,
con su aspecto de foca

o de buzo lanudo,
devorando el camino...

Los ciegos olfatean
la estela vagarosa
del monstruo: la pupila
dilatan; parpadean
con rapidez nerviosa
... y al fin, quietos, pasean
su noche misteriosa
por la tarde tranquila.



XIX

NOVISSIMA VERBA

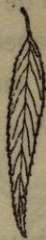
Yo no sé si la muerte pondrá un sello
de nobleza mayor a esto que escribo;
si tendré el privilegio de que exclamen:
«Murió después de haberlo escrito...»
«Se formó un cabezal para su sueño
postrer, con este libro...»

Pero, muerto o viviente, soy fantasma.
¡Somos fantasmas nada más, amigo!
El alma universal que nos anima,
en los cuerpos encarna de continuo

A m a d o N e r v o

para sentirse y escucharse en ellos,
y son las existencias el efímero
«aquí estoy», las materializaciones
fugaces, el furtivo
disfraz de lo que vive tras la sombra,
de Aquello que se emboza en el abismo,
de Aquello que resume el universo,
de lo Inefable, de lo que es, ha sido
y por siempre será...

 Mi buen hermano:
oye con atención esto que digo,
y que no te conturbe: ¡Dios sí existe!
... ¡Nosotros somos los que no existimos!



XX

YO ESTABA EN EL ESPACIO

Yo estaba en el espacio.
¿En qué punto? ¡Quién sabe!
*El espacio es un círculo,
cuyo centro se halla en todas partes
y su circunferencia
en ninguna.*

Yo estaba en alma y carne
en el espacio, libre y poderoso
como un ángel.

glorioso: Ballet - Soc. Astro -
Méx. Ene. 1905

En mi torno bogaban las estrellas,
 las estrellas gigantes,
 como una imponderable flota de oro
 incendiada, en un mar imponderable.

(12)
 Recuerdo de dos soles,
 verde el uno y el otro blanco; errantes
 el uno eternamente en pos del otro,
 buscándose los dos sin encontrarse.
 ¡Qué esmeralda!
 ¡Qué diamante!
 ¡Qué milagro de blancuras impolutas!
 ¡Qué prodigio de verdes ideales!

Recuerdo de un cometa
 enorme, de verdosas tenuidades,
 cuya cauda tenía
 la forma de un alfanje
 y que, bohemio sideral, cruzaba,
 ingrávido, las noches inmutables,
 sembrando acaso gérmenes de vida
 en planetas distantes...

101 BSA. "esperas"
 (12) mi acuerdo

Y recuerdo de un sol sin sistema,
 solitario coloso radiante,
 que alumbraba tan sólo el vacío,
 como fuego ya inútil, que arde.

Y recuerdo de soles extintos,
 que en siniestro enjambre,
 arrastraban sus negros planetas
 en donde pensaron las humanidades...
 ¡Sus negros planetas helados!
 ¡Sus negros planetas cadáveres!

¡Oh!, no sé cómo estoy vivo ahora
 después de ese viaje;
 ¡no sé cómo me atrevo a escribirlo!
 Rojo padre Dante,
 ¡tú no viste las cosas tremendas
 que me fué dado ver, rojo Padre!

Surgió una voz de pronto, que me dijo: «¡Detente!»
 (Surgió dentro de mi alma, porque el espacio es mudo.)

Y me detuve lleno de horrores, y mi mente
quiso exhalarse en una plegaria, mas no pudo.

«Detente, un sol avanza por su órbita. Pudiera
cruzarse con tu ruta la línea misteriosa
que sigue, y como pluma que cae en una hoguera,
como perla de ámbar, como gota de cera,
fundir tu cuerpo en esa fotósfera espantosa!»

La estrella, en tanto, crecía,
y a medida que avazaba,
el infinito invadía
y se desredondeaba
en tremendas explosiones,
en inmensas convulsiones;
y yo, viéndola, inmóvil estaba.

Pronto mi ángulo visual
fué a la estrella tangencial,
y aprecié la mole aquella:
¡Cuán terrible, mas cuán bella!

¡Oh, cuán bella era la estrella,
roja dalía sideral!

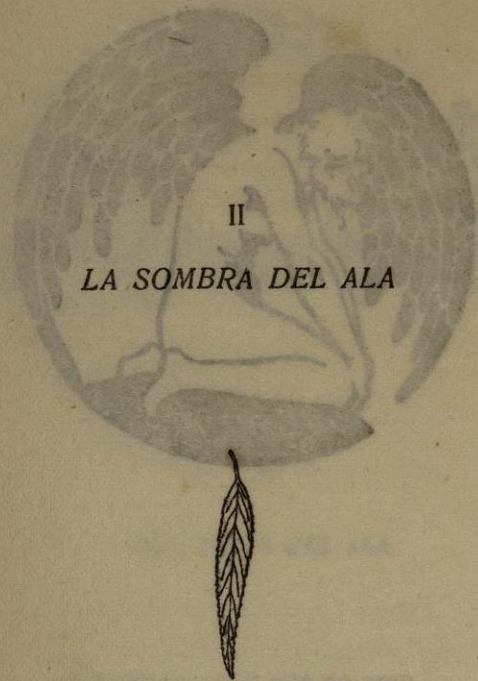
Me olvidé de mis temores
ante aquella portentosa
visión, y cual mariposa
que enloquecen los fulgores,
quise mis alas quemar
en el inmenso crisol,
en su pos quise volar...
Mas ¡ay! al irlo a intentar
¡ya había pasado el sol!

Un dios misterioso y fuerte,
que, como juglar divino,
en el éter se divierte,
lanza y recibe con tino
sus enjambres de cometas,
de soles y de planetas,
en perenne torbellino.

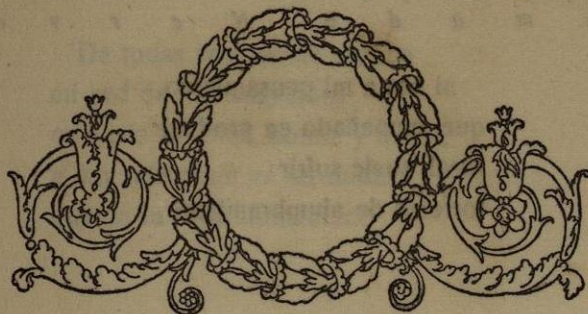
A m a d o N e r v o

Y a tales juegos y a tal
torbellino, la ilusión
de un inglés original
llamó la *Ley de atracción*,
de *atracción universal*.

Mas yo que ese juego vi,
yo que al juglar admiré,
raro canto le ofrecí,
más raro libro pensé.
Y el canto... ¡lo traigo aquí!
Y el libro... ¡lo escribiré!



II
LA SOMBRA DEL ALA



I

LA SOMBRA DEL ALA

TÚ que piensas que no creo
cuando argüimos los dos,
no imaginas mi deseo,
mi sed, mi hambre de Dios;

ni has escuchado mi grito
desesperante, que puebla
la entraña de la tiniebla,
invocando al Infinito;

A m a d o N e r v o

ni ves a mi pensamiento,
que, empeñado en producir
ideal, suele sufrir
torturas de alumbramiento.

Si mi espíritu infecundo
tu fertilidad tuviese,
forjado ya un cielo hubiese
para completar su mundo.

Pero di, ¿qué esfuerzo cabe
en un alma sin bandera
que lleva por dondequiera
su torturador «¡quién sabe?»

Que vive ayuna de fe
y, con tenaz heroísmo,
va pidiendo a cada abismo
y a cada noche un ¿por qué?

O b r a s C o m p l e t a s

De todas suertes me escuda
mi sed de investigación,
mi ansia de Dios, honda y muda,
y hay más amor en mi duda
que en tu tibia afirmación.



II

¡MUERTA!

EN vano entre la sombra mis brazos, siempre abiertos,
asir quieren su imagen con ilusorio afán.
¡Qué noche tan callada, qué limbos tan inciertos!
¡Oh Padre de los vivos, adónde van los muertos,
adónde van los muertos, Señor, adónde van!

Muy vasta, muy distante, muy honda, sí, muy honda,
¡pero muy honda! debe ser ¡ay! la negra onda
en que navega su alma como un tímido albor,
para que aquella madre tan buena no responda
ni se estremezca al grito de mi infinito amor.

Glacial, sin duda, es esa zona que hiende. Fría,
¡oh, sí! muy fría, pero muy fría debe estar,
para que no la mueva la voz de mi agonía,
para que todo el fuego de la ternura mía
su corazón piadoso no llegue a deshelar.

Acaso en una playa remota y desolada,
enfrente de un océano sin límites, que está
convulso a todas horas, mi ausente idolatrada
los torvos horizontes escruta con mirada
febril, buscando un barco de luz que no vendrá.

¡Quién sabe por qué abismos hostiles y encubiertos
sus blancas alas trémulas el vuelo tenderán!
¡Quién sabe por qué espacios brumosos y desiertos!
¡Oh, Padre de los vivos, adónde van los muertos,
adónde van los muertos, Señor, adónde van!

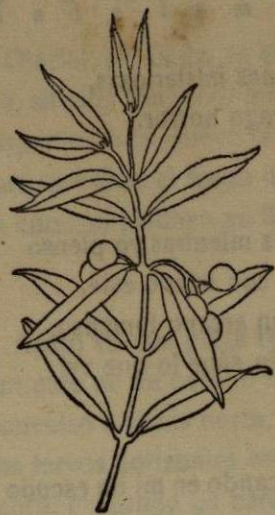
Tal vez en un planeta bañado de penumbra
sin fin, que un sol opaco, ya casi extinto, alumbraba,
cuitada peregrina, mirando en rededor
ilógicos aspectos de seres y de cosas,

absurdas perspectivas, creaciones misteriosas,
que causan extrañeza sutil y vago horror.

Acaso está muy sola. Tal vez mientras yo pienso
en ella, está muy triste; quizás con miedo esté.
Tal vez se abre a sus ojos algún arcano inmenso.
¡Quién sabe lo que siente, quién sabe lo que ve!

Quizá me grita: «¡Hijo!», buscando en mí un escudo
(¡mi celo tantas veces en vida la amparó!),
y advierte con espanto que todo se halla mudo,
que hay algo en las tinieblas, fatídico y sañudo,
que nadie la protege ni le respondo yo.

¡Oh, Dios! Me quiso mucho; sus brazos siempre abiertos,
como un gran nido, tuvo para mi loco afán!
Guiad hacia la Vida sus pobres pies inciertos...
¡Piedad para mi muerta! ¡Piedad para los muertos!
¡Adónde van los muertos, Señor, adónde van!



III

LA VIEJA CANCIÓN
DE LOS CINTILLOS DEL HADA

DIÓME el Hada un cintillo de topacios
en que un alma de oro se deslíe,
y los topacios me dijeron: «¡Riel!»

¡Oh buena Hada, que Dios multiplique
el tesoro de vuestra alegría!

Me dió el Hada un cintillo de esmeraldas,
y en el aro (de vieja plata era),
cada esmeralda murmuraba: «¡Esperal!»

A m a d o N e r v o

¡Oh buena Hada, Dios os conserve
la santa virtud teologal

Dióme el Hada un cintillo de amatista,
la santa piedra episcopal, y empieza
la amatista a decirme: «¡Reza, reza!»

¡Oh buena Hada, Dios premie
el fervor de vuestra oración!

Mas el Hada un cintillo de zafros
me dió, entre melancólica y risueña,
y los zafros me dijeron: «¡Sueñal!»

¡Oh noble Hada, Dios vigorice
vuestras alas para todas las enso-
ñaciones!

Y después, en un trémulo cintillo,
dióme el Hada un rubí como una llama,
y el trémulo rubí me dijo: «¡Amal!»

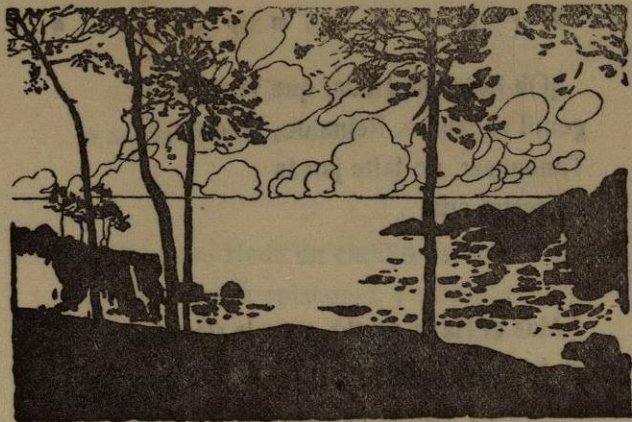
O b r a s C o m p l e t a s

¡Oh hermosa Hada, que vuestro
gentil caballero, Reinaldo, Oberón,
Tanhauser, no falte jamás
a vuestra cital

Mas el Hada partió, y en la ríbera
un ópalo arrojóme, con un grave
«Adiós», y dijo el ópalo: «¡Quién sabel!»

¡Oh buena Hada! ¿Tendrá Dios
piedad de nosotros?





IV

AL VIENTO Y AL MAR

Poco sé decir,
poco sé pensar:
al viento y al mar
les voy a pedir
mi nuevo cantar.
¡Al viento y al mar!

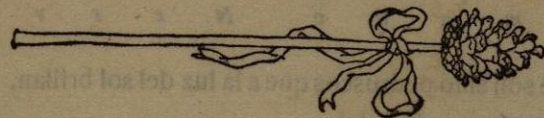
Al agua y al viento
fío el pensamiento
de mis nuevas rimas
(¡oh, mar, cuéntame un cuento!);
a la onda enorme

A m a d o N e i v o

y a la racha informe
a cimas y a simas.

¡Oh, viento, compadre
de mi veleidad!
¡Oh, gran onda, madre
de la humanidad!
Quiero, viento y onda,
vuestra poesía...
(¡Viento, cuéntame un cuento!)

¡Oh, mar, dame un ritmo de belleza rara,
dame tu sal para
mi desabrimiento,
y un rumor que arrulle mi melancolía.



V

PORQUOI FAIRE?

POR QUÉ ir a otra estrellal
¡Qué veremos en ellal
Lucha, injusticia y llanto (si hay una humanidad);
paisajes semejantes a los deste planeta:
bellos, cuando fingidos por mente de poeta,
pero tal vez monótonos, tristes en realidad.

¡Por qué ir a otra estrellal
¡Qué veremos en ellal
¡No te dará ninguna lo que buscando vas!
Todos esos planetas que al sabio maravillan,

A m a d o N e r v o

¡qué son sino pedruscos que a la luz del sol brillan,
pedruscos nada más!

¡Por qué ir a otra estrellal
¡Qué veremos en ellal
Si en ésta hay noches pródigas de tinieblas y horror,
suframos sin reproches,
poniendo en esas noches
la casta lucecita de nuestro viejo amor.



VI

A UN PROMETEO

EL proverbio latino harta razón tenía:
Non est magnum ingenium sine melancholia!

Un halo misterioso de inefable tristeza,
¡oh, titán dolorido!, circunda tu cabeza,
y bajo de tu frente predestinada y mustia,
no sé lo que es más grande, si tu genio o tu angustia.

Yo no puedo emularte ni en el bien ni en el daño:
¡Para sentir, amigo, no soy de tu tamaño!
¡Y a veces basta un rayo de sol, basta una rosa
para alegrarme... tanto como a una mariposa;

A m a d o N e r v o

y el gemido del viento y el día que se viste
de nubes, y hasta un poco de amor, me ponen triste!

Tu altura llama al rayo, y a ti y al monte llega
primero el rayo. A tu alma la fatalidad griega
le sienta bien: el odio de un dios, la peña sola
donde espumarajejan las iras de la ola.

Aléjate de un siglo nervioso, inquieto, móvil,
en que el viejo Mercurio se trocó en automóvil,
y Jove reina, pero cambiado en lluvia de oro;
en donde las oceánidas que cantaban en coro
dejaron las salobres caricias de sus mares
por París, prefiriendo los grandes bulevares
a la onda piadosa que cantaba al mecerlas,
y conservando sólo su afición a las perlas...

¡Aléjate! Ya el mundo no conoce a los grandes.
Te quedan tus montañas: tu Cáucaso, tus Andes,
tus incontaminados y quietos Himalayas,
en los que ni las nubes sepan adonde vayas.

III

UN LIBRO AMABLE





escóndido en los pliegues de mi sombra:
gracias, ¡está bien!

Porque hasta el mal en mi día es del cielo,
pues que al nublarse, va con todo celo,
hacemos también mi pecho también;
porque se acerca ya mi primer vuelo.

I

¡ESTÁ BIEN!

PORQUE contemplo aún albas radiosas
en que tiembla el lucero de Belén,
y hay rosas, muchas rosas, muchas rosas:
gracias, ¡está bien!

Porque en las tardes, con sutil desmayo,
piadosamente besa el sol mi sien,
y aún la transfigura con su rayo:
gracias, ¡está bien!

Porque en las noches una voz me nombra
(¡voz de quien yo me sé!), y hay un edén

A m a d o N e r v o

escondido en los pliegues de mi sombra:
gracias, ¡está bien!

Porque hasta el mal en mí don es del cielo,
pues que, al minarme, va, con rudo celo,
desmoronando mi prisión también;
porque se acerca ya mi primer vuelo:
gracias, ¡está bien!



A m a d o N e r v o

Mantén sus labios cerrados;
mantén también sus entenas
(como los -birds- y -bambas-
en su ambiente de montañas).

Pon en su frente de azabares
y en su mirar, hondo y divino,
remotos pillos estabres.

II
y ciudad de lava aljino.

PAPÁ ENERO...

PAPÁ Enero, que tienes tratos
con los hielos y con las nieves
(y que sin embargo remueves
el celo ardiente de los gatos):

guarda en tu frío protector
el cuerpo y el ánima en flor
de mi niña de ojos azules
(en cuyas ropas y baúles
hay castidades de alcanfor).

A m a d o N e r v o

Mantén sus ímpetus esclavos;
mantén heladas sus entrañas
(como los «fiords» escandinavos
en su anfiteatro de montañas).

Pon en su frente de azahares
y en su mirar, hondo y divino,
remotos brillos estelares,
quietud augusta de glaciares
y claridad de lago alpino.



III

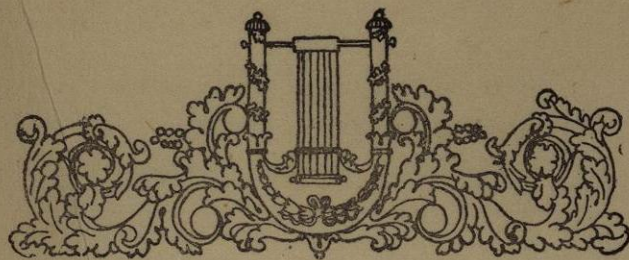
SENSACIONES DE ANTAÑO

EN las tardes de Mayo,
después de la tormenta,
cuando el ambiente húmedo
trasciende a arcilla fresca,
nostálgico de antiguas
sensaciones de América,
desearía ir por calles
espaciosas, desiertas,
en donde hubiera casas
limitadas por rejas;

A m a d o N e r v o

y tener una novia
que, con la cabellera
mojada aun del baño,
me aguardase en la verja,
entre las campanillas
de las enredaderas.

O bien, en la ventana
de una casa de hacienda,
leer alguno de esos
libros, en que se cuentan
aventuras de príncipes
perdidos en la selva;
mientras que las crecientes
que avanzan por las quiebras,
espumarajeando
de rabia entre las peñas,
arrastran desgajadas
ramazones, y reinan
en la atmósfera, vasta
palpitación eléctrica,
perfumes de resinas
y aliento de mareas.



IV

A CARMEN

Tu nombre es un verso,
dos versos tus ojos,
mil versos anidan de tus rizos negros
en el alboroto.

Tus dieciséis años son dieciséis versos:
dos octavas reales que cantan en coro,
y tus frescos labios, tus primaverales
labios de cerezas, un dístico rojo.
¡Feliz quien te diga «mi Carmen», y firme
tan lindo poema con besos gloriosos!



Libro, yo estoy prendado de tal modo
de la naturaleza peregrina,
que ansiando en mi amor loarlo todo,

Un espíritu azul, que se levanta
en mi alma, a turbales su luz viente,
y a su influjo en mi vida todo canta,
y en éxtasis camino hacia la muerte.

V

A LIBIO (1)

LIBIO, yo estoy prendado de tal modo
de la naturaleza peregrina,
que ansiando en mi amor loarlo todo,

le grito ¡bis! al ruiseñor que trina;
¡olé! a la onda que cuajó en espuma
y ¡hurra! al sol que calienta y que ilumina.

(1) De una epístola al dilecto Licenciado Casasús.

A m a d o N e r v o

¡Gracias! digo al clavel que me perfuma
o al lirio que brotó bajo mi planta,
y ¡bravo! a la oropéndola que empluma.

Una estrellita azul, que se levanta
en mi alma, a raudales su luz vierte,
y a su influjo en mi vida todo canta,
y en éxtasis camino hacia la muerte.



VI

LOS PAPELILLOS DE COLORES

Los papelillos de colores
que de los altos corredores
lanzan al aire los chicuelos
como bandadas caprichosas,
en sus impensados vuelos
se figuran que son mariposas.

¡Cierto, los papelillos de colores
se figuran tropel de mariposas!

Que tienen alas imaginan;
locos los vuelve aquel momento
en que parece que dominan
el tenue y móvil elemento;
y en su embriaguez de vida nueva,
no creen que es el viento el que los lleva,
sino ellos que bogan por el viento.

¡Con qué deleite a los fulgores
del sol, en giros mil se mueven.
¡Insensatos, si hasta se atreven
a besar a las flores!

... ¡Claro, después de todo,
los pobres, estrujados,
van a parar al lodo,
y son pisoteados
allí... después de todo!

Breves fueron sus galas
y el favor de los vientos.
... Pero mueren contentos,
porque creyeron tener alas

VII

LAS HISTORIAS VIEJAS

VASTAGO de mi tiempo y de mi gente,
amo al siglo cual es: irreverente,
razonador, nervioso y altanero.
No más ritos ni dogmas ni consejas
ni fantasmas ni espíritu...

Sí, pero
a mí me gustan las historias viejas.

No me llevéis al pie del desladrado
muro, no me llevéis junto al osado

A m a d o N e r v o

castillo en ruinas, en cuyas bermejas
torres canta el misterio del pasado,
porque me gustan las historias viejas.

Que si murió Isabel en una estancia;
que si el rey don Fernando, al ir a Francia
por su bella Germana,
veló en la otra; que si doña Juana,
ya loca de remate,
hizo aquí algún sublime disparate
de amor, pensando en su Archiduque hermoso;
que si Carlos, el César poderoso,
con sus damasquinadas armaduras
estremeció estas cámaras oscuras;
o que si en el nocturno
silencio, don Felipe el Taciturno
a la de Éboli espizó tras esas rejas...

No, no me digáis tal, si embebecido
mirarme no queréis; que estoy perdido
de amores, ¡ay!, por las historias viejas.

208



VIII

PANORAMA

UN parque inmenso,
con sus glorietas,
sus avenidas
y sus misterios.

Un verde estanque
con su agua inmóvil,
con sus barquillas
y con sus ánades.

209

TOMO VII

14

Una montaña
con su castillo,
con su leyenda,
con su fantasma.

Una princesa
por entre el bosque,
junto al estanque,
tras de la almena.

Y sobre de ello,
princesa, bosque, castillo, estanque,
flotando apenas,
mi ensueño.

IX

QUIMERA

CUANDO con alas cándidas
hasta la tierra llegues,
a recoger mi espíritu
bajo los niveos pliegues
de tu impalpable túnica
bordada de fulgor,
—oh, tú la esposa mística
por tanto tiempo ausente,—
y que con labios flúidos
poses sobre mi frente
glacial los santos ósculos
de su inmutable amor;

cuando los dos, impávidos,
por fin, ¡por fin! unidos

A m a d o N e r y o

volemos, como aljófares
de un cáliz desprendidos,
como diamantes trémulos
al éter ideal;
y en redor nuestro, fúlgidos,
graviten los planetas
con grandes curvas rítmicas,
y vuelen los cometas
—viajeros enigmáticos
que envuelve un manto real—

entonces, ¡oh seráfica
novia que esperé tanto,
oirás la estrofa única
que no cantó mi canto
en este mundo pálido
y erial donde nací;
la estrofa que los ángeles
gorjeaban en mi cuna
(celeste y melancólica
como un rayo de luna)
y que jamás sacrílego
dije a mujer alguna,
guardándotela, incólume
como la luz, a ti!

212



X

MIS MUERTOS

*Vita mortuorum in memoria
vivorum est posita.*

CICERÓN.

ALMA, yo estoy unido con mis muertos,
con mis muertos tranquilos e inmutables,
con mis pálidos muertos
que desdeñan hablar y defenderse,
que mataron el mal de la palabra,
que solamente miran,
que solamente escuchan,
con su oído invisible y con sus ojos
cada vez más abiertos, más abiertos,
en la inmóvil blancura de los cráneos;

213

que en posición horizontal, contemplan
el callado misterio de la noche,
y oyen el ritmo de las diamantinas
constelaciones en el negro espacio.



Yo vivo con la vida que mis muertos
no pudieron vivir. Por ellos hablo,
y río por lo que ellos no rieron,
y por lo que ellos no cantaron canto,
y me embriago de amores y de ensueño
por lo que ellos no amaron ni soñaron!

—Este beso, me digo, es por Honorio,
que tanto ansió los besos; y por Claudio,
que amó tanto los versos, esta estrofa
recitaré en los bordes de este lago.
Por Antonio, sediento de la sangre
del viejo vino, vaciaré mi vaso;
por Clara, que en las fiestas fué dichosa,
asistiré a los bailes y saraos;
y he de vivir en éxtasis por Blanca
que en éxtasis vivía; y remirando

me pasaré, los lirios y las rosas,
por Berta, que gozaba en cultivarlos
y a quien cortó la muerte, como a lirio,
o como a rosa mística, ha diez años...

Mientras yo viva vivirán mis muertos,
y oiré en la sombra, que me place tanto,
su voz sutil que me murmura: «¡Gracias!»
su tenue acento que me dice: «¡Amado!»



XI

TRAGEDIA

LA luna, jibosa, untaba
su luz sobre los *parterres*,
y el estanque nacaraba.
Un gato negro maullaba,
maullaba con muchas erres.

(¿No es cosa muy oportuna,
en versos funambulescos,
pintar con trazos grotescos
a los gatos y a la luna?)

Surgían cantando en corro
las fuentes—hervor de plata—
y era cada leve chorro,
bajo su irisado gorro,
flautín de una serenata.

La rotonda de Carrara
se asomaba a la extensión
del estanque, como para
copiar en el agua clara
su ágil gracia de Trianón.

Y en los boscajes inciertos
en que temblaban los nidos,
los dioses de mármol, yertos,
aunque con ojos abiertos,
ha un siglo estaban dormidos.

☒

Cité a mi ilusión allí,
porque aquella *mise en scène*

Luis XV, cuadraba bien,
muy bien al ensueño, y

la locuela celestial
me envió a decir con la luna:
«No puedo ir, estoy mal;
un ángel me ha roto una
de mis alas de cristal.»



XII

ORO Y PLATA

Lo sé: la Vida pasa nevando en nuestra frente
con sus lentas nevadas, cuyo armiño luciente
ya no se funde nunca... Blanquea nuestro pelo
el polvo del camino, como dijo Longfellow,
y acaso hay en mis sienes algún rizo de plata.

«Dejad que lo cortemos», piden riendo Cata
y María. Yo aplaco las actitudes fieras
con que mueven sus dedos las felonas tijeras,
y enfadado respondo: «¡Locuelas, más respetol

A m a d o N e r v o

Cada una de estas hebras esconde mi secreto.
¿No os parece cortarlas harto cruel cautela,
si son como un camino, si son como una estela,
si son como un retoño
de paz, como pistilos de la flor de mi otoño?»

«No las cortéis, oh Cata; no las cortéis, María,
porque pensáis que acusan irreparables daños:
que sienta bien al oro de mi sabiduría
la plata de mis años.»

XIII

NO ME MUEVE MI DIOS PARA QUERERTE...

SEÑOR, sin esperanza de un bien terreno
ni celeste, sin miedo de tu grandeza,
he de ser bueno, en nombre de la belleza,
del ritmo y la armonía que hay en ser bueno.

Y quiero estar sereno, siempre sereno,
como la santa madre naturaleza
en las tardes de otoño, con la realeza
de un mar que late en calma como un gran seño.

A m a d o N e r v o

Y quiero amarte sobre seres y cosas,
porque de las criaturas esplendorosas
eres el Arquetipo y el Soberano;
porque encarnas en todas las mujeres hermosas,
porque enciendes los astros y perfumas las rosas,
y dilatas la hondura del rebelde Oceano.



XIV

LA CANONESA

Os idolatro, marquesa,
de mi alma hicisteis presa:
ya sólo vuestra será.

¿Y vos?

—¡No sé qué dirá
mi tía la canonesa!

—De obediencia sois modelo;
mas vos, decid, vos, ¿me amáis?
¡Oh, sí!, ya que me dejáis
mirar, mirándoos, el cielo.

A m a d o N e r v o

¡No me retardéis, pues, esa
blanca mano, reina mía!
—¿Y si no place a mi tía
la canonesa?

—Le placará, ¡vive Dios!
... y perdonadme, Clarisa,
si he jurado desta guisa
estando cerca de vos...
Mas ¡ay! que mi alma os ansía,
y vos os mofáis así...

—Yo os amara; ¿pero y
la canonesa mi tía?

—¡Ingrata! y aún apura
de su sarcasmo el rigor,
y ni la entibia mi amor
ni la mueve mi ternural
Pues bien: muera yo, y que aquí
termine ya mi agonía...

—No, no hagáis tal, por mi tía
la canonesa... (¡y por mí!)

226



XV

EPITALAMIO

A S. M. el Rey (1).

I

SEÑOR: todos los cuentos cuya ingenua fragancia
perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
contaban de las bodas de un Rey adolescente,
noble como una espada, como un Abril riente,
con la bella Princesa de una isla lejana,
cándida y rubia como la luz de la mañana.

(1) Leído por su autor en el Ateneo de Madrid la noche del
28 de Abril de 1906.

227

Y estampas luminosas mostraban, ya a los dos
 recibiendo en el templo la bendición de Dios,
 ya, en una perspectiva de ensueño, a los fulgores
 del sol, los milagrosos cortejos de colores:
 Infantas de pureza lilial y ojos azules,
 cubiertas de brocados, de joyas y de tules;
 Abades, con su adusta comunidad, vestida
 de blanco y negro (sombras y luz: ¡como la vidal!);
 Señores y Embajadas, radiantes de oro y plata,
 morados Arzobispos o Nuncios escarlata...

Los cuentos terminaban con frases siempre iguales,
 siempre de esta manera: «Y hubo fiestas reales;
 vinieron muchos Príncipes de países extraños,
 trayendo cada uno magnífico presente,
 y la Princesa rubia y el Rey adolescente
 vivieron muy felices y reinaron cien años.»

II

Señor: Rey de una tierra de clásica hidalguía
 en donde, en otros tiempos, el sol no se ponía:

Rey de esta madre Patria que miran como hijos
 innumerables pueblos, los cuales tienen hijos
 hoy en ella sus ojos oscuros, con amor;
 descendiente de claros monarcas, ¡oh Señor!,
 en vos miramos todos los hijos de la Grey
 hispana al joven símbolo de la Raza. Sois Rey
 aún, en cierto modo, de América, como antes:
 Rey, mientras que el idioma divino de Cervantes
 melifique los labios y cante en las canciones
 de diez y ocho Repúblicas y cincuenta millones
 de seres; mientras rija las almas y la mano
 el ideal austero del honor castellano.

Rey, mientras que las vírgenes de esa América mía
 lleven en sus miradas el sol de Andalucía;
 Rey, mientras que una boca, con celeste reclamo,
 pronuncie en nuestra lengua sin par un «¡Yo te amo!»;
 Rey, mientras de unos ojos o de unos labios brote
 ya el llanto, ya la risa, leyendo a «don Quijote»;
 Rey, mientras que no olviden, al palpitar las olas,
 el ritmo que mecía las naos españolas;
 Rey, mientras haya un héroe que oponga el firme pecho
 como un baluarte para defender el derecho;
 Rey, como cuando el manto de torres y leones,

cubijaba dos mundos como dos corazones;
Rey, en fin, en las vastas mitades del planeta,
mientras haya un hidalgo y un santo y un poeta.

III

Señor: aquesta rima que os trae mi labio ufano,
que siempre se gloria de hablar el Castellano,
es de mi bella patria la ofrenda perfumada,
el lírico homenaje de mi México amada;
de México, sirena que en dos mares se baña,
y a quien nuestros abuelos llamaron «Nueva España»,
porque en ella encontraron la imagen de este suelo:
la misma tierra ardiente y el mismo azul del cielo.

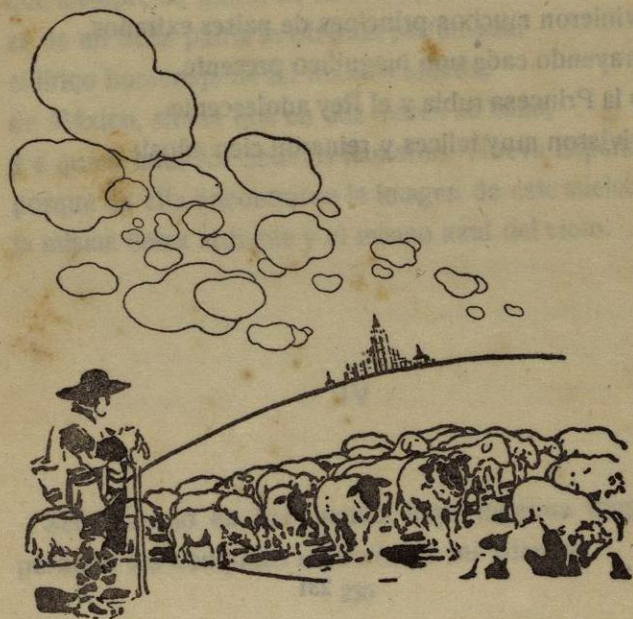
IV

Señor: como en los cuentos cuya ingenua fragancia
perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,

celebráis vuestras bodas, vos, Rey adolescente,
noble como una espada, como un Abril riente,
con la bella Princesa de una isla lejana,
cándida y rubia como la luz de la mañana.

¿Qué desear ahora para vuestro contento
sino que todo acabe también como en un cuento,
y pueda repetirse con las sacramentales
palabras de los cuentos:

«Y hubo fiestas reales;
vinieron muchos príncipes de países extraños,
trayendo cada uno magnífico presente,
y la Princesa rubia y el Rey adolescente
vivieron muy felices y reinaron cien años!»



XVI

EL VIEJO SOLAR

Oh, las torres cuadradas, en la paz de la villa!
¡Oh, las lomas bermejas y el panzudo batán!
¡Oh, severo paisaje del solar de Castilla,
con tus diáfanos cielos y tu tierra amarilla
y ambiente vasto, como para un inmenso afán!

Silueta de mancebo, que, cuando el surco labras,
del claro azul recortas tu agraria majestad;
torreones cenicientos al borde de las abras,
rebaños resonantes y trémulos de cabras,
que en la apacible tarde volvéis a la ciudad!

A m a d o N e r v o

Toledo altiva y prócer, Valladolid, Segovia,
Avila cinta en torres, ascético Escorial,
Burgos huraña, cuya viril tristeza agobia...
oh, tierra de Castilla, te quiero como a novia:
a mi esquivez complaces, y en ti está bien mi mal (1).

(1) En la primera edición de este libro (1909), el autor recogió, al final, todas las poesías que aparecen, mezcladas con prosa, en *El Éxodo y las Flores del Camino* (V. *Obras completas*, tomo IV).—N. DEL E.

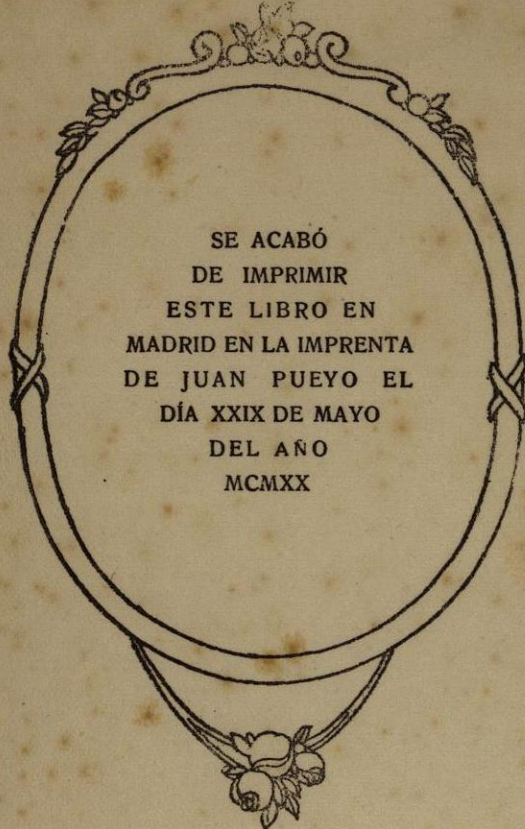


INDICE

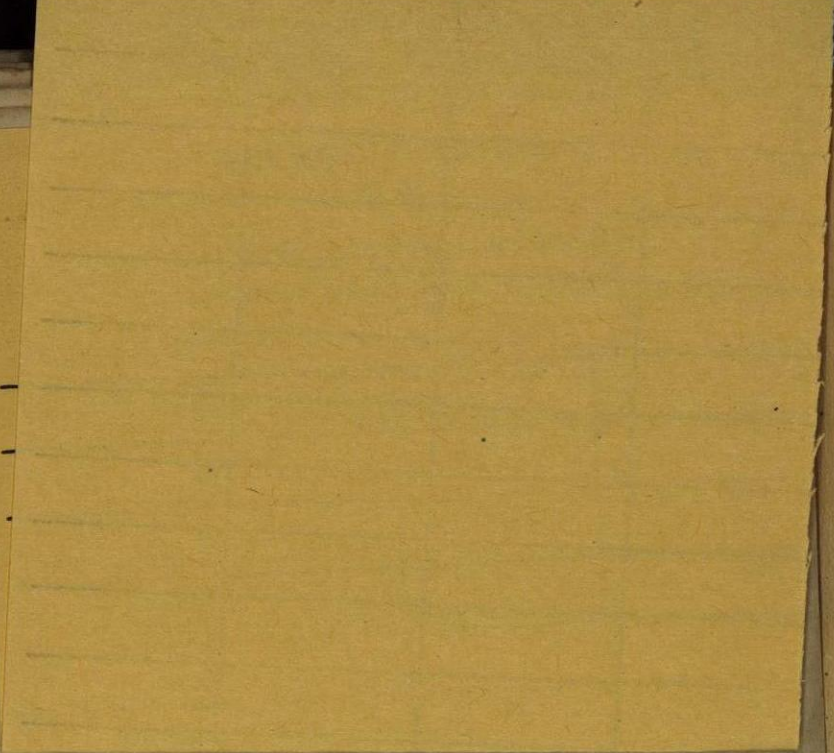
| | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| <i>La voz baja</i> , de Amado Nervo..... | 9 |
| I.—LOS JARDINES INTERIORES..... | 27 |
| I.—Expone la índole del libro..... | 29 |
| II.—Mi verso..... | 31 |
| III.—Nocturno..... | 33 |
| IV.—Triste..... | 35 |
| V.—Tibi Regina..... | 37 |
| VI.—Doctrinando..... | 39 |
| VII.—Ingenua..... | 41 |
| VIII.—Funambulesca..... | 43 |
| IX.—Tritoniada..... | 45 |
| X.—¡Dónde estás!..... | 49 |
| XI.—Incapacidad..... | 51 |
| XII.—La canción de Flor de Mayo..... | 53 |
| XIII.—Vaguedades..... | 57 |
| XIV.—Los difuntos viejos..... | 61 |
| XV.—El metro de doce..... | 63 |
| II.—RONDÓS VAGOS..... | 65 |

| | Páginas. |
|---|----------|
| I.—¿Lo recuerdas? Una noche sin fulgores, sin bellezas..... | 67 |
| II.—Como blanca teoría por el desierto..... | 69 |
| III.—Pasas por el abismo de mis tristezas..... | 71 |
| IV.—Yo vengo de un brumoso país lejano..... | 73 |
| III.—DAMIANA..... | 75 |
| I.—Quién es Damiana..... | 77 |
| II.—Esta niña dulce y grave..... | 81 |
| III.—Nuestro amo está expuesto..... | 83 |
| IV.—Tú vienes con el alba..... | 87 |
| V.—De vuelta..... | 89 |
| VI.—Tan rubia es la niña que..... | 91 |
| VII.—Cuando llueve..... | 93 |
| VIII.—Exhalación..... | 95 |
| IX.—Damiana se casa..... | 97 |
| X.—Son los sueños que pasan..... | 99 |
| XI.—La vieja canción..... | 103 |
| IV.—EL MAGO—EL RETORNO—CONDENACIÓN DEL LIBRO..... | 107 |
| I.—El mago..... | 109 |
| II.—El retorno..... | 111 |
| III.—Condenación del libro..... | 113 |
| I.—EN VOZ BAJA..... | 119 |
| I.—Quisiera..... | 121 |
| II.—¡Silencio!..... | 123 |
| III.—No le habléis de amor..... | 125 |
| IV.—Vieja llave..... | 127 |
| V.—Hojeando estampas viejas..... | 131 |
| VI.—Ruego..... | 133 |
| VII.—«Tel qu'en songe»..... | 135 |
| VIII.—Tal vez..... | 137 |
| IX.—Es un vago recuerdo..... | 139 |
| X.—La bella del bosque durmiente..... | 141 |

| | Páginas. |
|--|----------|
| XI.—Languidez..... | 143 |
| XII.—En la roca más hostil..... | 145 |
| XIII.—Inmortalidad..... | 151 |
| XIV.—A Leonor..... | 153 |
| XV.—Entonces..... | 155 |
| XVI.—Interrogación..... | 157 |
| XVII.—Deprecación a la nube..... | 159 |
| XVIII.—Visión..... | 161 |
| XIX.—Novissima verba..... | 165 |
| XX.—Yo estaba en el espacio..... | 167 |
| II.—LA SOMBRA DEL ALA..... | 173 |
| I.—La sombra del ala..... | 175 |
| II.—¡Muerte!..... | 179 |
| III.—La vieja canción de los cintillos del hada..... | 183 |
| IV.—Al viento y al mar..... | 187 |
| V.—Pourquoi faire?..... | 189 |
| VI.—A un Prometeo..... | 191 |
| III.—UN LIBRO AMABLE..... | 193 |
| I.—¡Está bien!..... | 195 |
| II.—Papá Enero..... | 197 |
| III.—Sensaciones de antaño..... | 199 |
| IV.—A Carmen..... | 201 |
| V.—A Libio..... | 203 |
| VI.—Los papelillos de colores..... | 205 |
| VII.—Las historias viejas..... | 207 |
| VIII.—Panorama..... | 209 |
| IX.—Quimera..... | 211 |
| X.—Mis muertos..... | 213 |
| XI.—Tragedia..... | 217 |
| XII.—Oro y plata..... | 221 |
| XIII.—No me mueve, mi Dios, para quererte..... | 223 |
| XIV.—La canonesa..... | 225 |
| XV.—Epitalamio..... | 227 |
| XVI.—El viejo solar..... | 233 |



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XXIX DE MAYO
DEL AÑO
MCMXX



PQ7297.N5
027
V.7

CAP.

16437

AUTOR

NERVO, Amado

TITULO

Los jardines interiores



BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.



CUATRO PESETAS